

LA MUSA HUMANA

De oídos y retinas está llena
para auscultar y ver la vida humana,
y con luz de su frente soborana
del mundo alumbrada la infinita escena.

Para ordenarlo, todo lo encadena;
para sentirlo, todo lo desgrana,
y á cuanto impulso del vivir emana
como la estatua de Memnón resuena.

Con los pies apoyados en el suelo
y las alas tendidas hacia el cielo,
fustiga, ensalza, alégrase ó suspira.

Lleva en su corazón sonos diversos,
su sangre dicta el ritmo de sus versos,
son sus nervios las cuerdas de su lira.

SALVADOR RUEDA.

VARRONIANA

Á VÍCTOR ARREGUÍN.

No importa que las bocas amordacen,
ni que del bien y del honor se mofen,
en tanto que haya labios que apostrofen,
en tanto que haya brazos que amenacen.

No importa que los vicios inoculen,
ni que al deber y á la verdad persigan,
en tanto que haya labios que maldigan,
en tanto que haya manos que estrangulen.

Mientras haya unos labios que apostrofen,
mientras haya unos brazos que amenacen,
¡no importa que las bocas amordacen
ni que del bien y del honor se mofen!

Y mientras haya labios que maldigan,
y mientras haya manos que estrangulen,
¡no importa que los vicios inoculen
ni que al deber y á la verdad persigan!

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

LOS MODERNISTAS

HENRIK IBSEN

Un gran escritor americano, Emerson, nos dice que todo hombre que ha alzado su espíritu á la región de las ideas absolutas, bañando su inteligencia en las ondas esplendentes de la luz divina, no puede descender hasta la miseria de la vida diaria sin que le asedie y domine la constante nostalgia de aquella belleza eterna con la cual estuvo en contacto.

He leído, hace ya algún tiempo, varios dramas de Ibsen, y al abandonar esa región de las ideas absolutas por la que nos conduce, cual nueva estrella de Belén, la poderosa inteligencia del dramaturgo noruego, y al bajar á la miseria de la vida diaria para codearme con estos pobres de espíritu que luchan como endemoniados por parecer genios, he sentido constantemente, como dice Emerson, la nostalgia de aquel mundo espi-

ritual en que mi alma gozó de las fiestas más hermosas de la luz divina y de las grandes concepciones simbolistas. Desde entonces me abruma el deseo de escribir algo sobre el genial creador de *Los Aparecidos*, y algún día he de dedicarle un más extenso estudio: hoy por hoy he de concretarme á hacer crítica impresionista, según la manera de Anatole France.

Á semejanza de los grandes genios que brillan en la historia del arte como astros de primera magnitud, Ibsen, cuyo pensamiento osado y atrevido refleja todo el universo, ve todas las cosas al través de un prisma invariable á pesar de la evolución de sus ideas literarias. Romántico primero, luego realista, más tarde filósofo y después moderno, neo-místico y simbolista, el dramaturgo más grande de este fin de siglo ha explorado la región de las ideas psicológicas más abstrusas, que preocupan la ciencia moderna, y por toda ella ha llevado la radiante lumbrera de su inteligencia poderosa y excepcional. Al par de esto, y pese á los Alberto Wolff de la crítica, Ibsen se nos ha mostrado como un gran moralista y un eminente sociólogo que persigue un ideal altruista capaz por sí solo de regenerar á la humanidad. Toda su obra de los últimos años, esa que se ha dado en llamar « teatro de ideas », lleva el sello indeleble de esos estudios profundos y de esas predicaciones éticas que, por serlo, no están al alcance de todas las inteligencias, ni aun de las regularmente cultivadas. Así como así, el gran problema de la libertad humana y el de la fatalidad, el de la herencia psicológica y el pesimismo en alto grado de los placeres del vivir — en cuanto estudios filosóficos, — la noción de la familia y de los derechos de la mujer, la de la democracia y libertad del pueblo — en cuanto estudios éticos y sociales, — no son cosas que se observen y estudien debidamente teniendo muy poca substancia gris en el cerebro, ni que diviertan tampoco á los comunes adoradores de Augier y Sardou. El mismo Alejandro Dumas (hijo), el gran campeón de la moral en este fin de siglo, el autor que más ha luchado por la unión y felicidad de la familia, sabiendo, como lo sabe, pues así lo ha declarado en unas páginas refulgentes *La famille moderne*, que el mal no tiene remedio, que el sentimiento familiar se disgrega y que así como el hombre, obediendo á la ley eterna de la evolución, se libertó de los lazos de la inteligencia, en breve se libertará de los del corazón para ser individuo en medio de la sociedad; Alejandro Dumas, decía, no vale en cuanto moralista lo que el eximio creador de *Empeireur et Galilée* y mucho menos todavía como artista del arte dramático. Ibsen es único, es potente, es colosal: así, también, para comprender toda la magnitud de su obra serían necesarios, como dijo Víctor Hugo de Shakespeare, lectores colosales.

Pobres visionarios sujetos al yugo mezquino de la vida, los hombres de esta edad se agitan inquietos, cansados, sin sensaciones, ora en busca de las verdades absolutas, ora ansiando refrescar los abrasados labios en el límpido raudal del misticismo; pero, incapaces de una resolución, sin esperanzas

en el pecho y con bastantes ideas envejecidas en el cerebro, débiles, neurasténicos, taciturnos, apretando más y más el lazo que les une á la vida cuanto más fuertes son sus contorsiones por libertarse de ella, no logran la realización de sus ideales ni advierten un albor de regeneración en los primeros chispazos aurales que el siglo XX arroja sobre la línea lejana del horizonte. Es entonces que aparece allá en el Norte, en las regiones húmedas y frías de los países sin sol, un hombre, el Mesías esperado, el Redentor de esta pobre humanidad; y de sus labios helados brota una moral severa é intransigente, y de sus ojos de miope surgen rayos de inteligencia. Habla al pueblo, cual nuevo Jesús, sencillamente, contándole historias, utilizando el símbolo y la parábola para hacerse más claro en la difusión de su doctrina. El pueblo servil, el pueblo judío, se ríe de este hijo de la Sabiduría y le rasga su manto y le arroja el lodo de la calle á la faz. No importa; él sigue impertérrito, en medio de su cohorte de escogidos, de seres privilegiados, narrando á los discípulos, á todos los hombres de buena voluntad que quieran oírle, las grandes visiones de su inteligencia sonámbula. Sueña la redención del hombre y cuenta con grandes símbolos y soberbias abstracciones la historia de aquel mísero *Peer Gynt* que ni siquiera va al infierno porque ni aun fué malo. ¿Quién es Pedro? Los hombres vulgares y hasta algunos espíritus selectos que han renegado últimamente de la influencia ibseniana sobre los nuevos dramaturgos parisienses, — ¡y aplauden, sin embargo, el teatro de « marionettes » de Mauricio Maeterlinck! — dicen que es un tipo de excepción, un personaje creado por la fantasía brumosa del Norte, un carácter extraño y salvaje arrancado de los poemas gálicos de Ossian ó de los *Sagas*; pero Pedro no es tal *Peer Gynt*, como *Brand* y como *Empeireur et Galilée* es un grande poema filosófico que sintetiza á toda la humanidad, y por ende, de vastísimas proyecciones morales y sociales. Pero si *Empeireur et Galilée* es una teoría dialogada y *Brand* una afirmación del misticismo absoluto, *Peer Gynt*, teniendo todo eso á la vez, tiene además una poesía más alta y ciertos símbolos fantásticos para la mejor interpretación de las ideas del Maestro, — esas ideas sobre la libertad humana, que no se han querido comprender, y por las cuales vemos al hombre luchar denodadamente á fin de caracterizar su personalidad. — *Peer Gynt* es la conciencia del hombre buscándose á sí mismo, luchando con el mundo que le rodea para demostrarse su vitalidad, tratando de marchar al dominio tangible de su felicidad. No nos detengamos á observar el personaje cuando narra á su madre Aase proyectos y aventuras extraordinarias, que la aterrorizan; estudiémosle en su agitada existencia, desde el momento en que roba al marido la recién casada hasta el instante supremo en que el desdichado, para librarse del obrero del Gran Fundidor de almas, llama á la puerta de Solveig buscando una prueba de su personalidad: es toda una « existencia de «ratée», como dice el mismo obrero fundidor de la obra, una existencia nula, completamente inútil, llena de vacilaciones, de triunfos y fra-

casos, de mentidas esperanzas y de amargas realidades. *Peer Gynt*, corriendo tras la pura é ideal Solveig, se anula muy luego corriendo tras la hija del rey de los gnomos no-uegos; buscanlo el placer en Argelia, encuentra el dolor de perder toda su fortuna, que le roban sus propios amigos; y siendo enviado de Alá entre la tribu donde le condujo un caballo árabe encontrado al acaso y logrando las voluptuosidades del amor de la bayadera Anitra, vuelve, obedeciendo á su genio vagabundo y á su carácter tornadizo, á ser un sér insignificante que retorna á No ruega en un navío donde un viejo sabio, tan raro como maniático, le importuna ofreciéndole comprar su cadáver para investigar su personalidad; — y en estas tristes y sucesivas desilusiones de sus enseñíos fantásticos, de su sed de oro, de su ambición de poder, el mísero mortal ve huír constantemente de su lado su libertad y la promesa dulcísima de una vida nueva para cada minuto nuevo. Es casi la misma historia de *Brand*, de aquel pobre visionario que esperaba escapar de esta vida miserable mediante el sacrificio y la abnegación. Brand, como Peer Gynt, es el poema de la pequeñez del sér humano, y el noble Mesías noruego canta la hora de su redención.

No le entienden, sin embargo, no quieren entenderle los fariseos del Arte; niegan la luz divina, niegan su propia pequeñez. Entonces el Maestro deja las regiones abstrusas de las ideas filosóficas y desciende á la realidad; así, tal vez, será mejor comprendida su doctrina. *La casa de la muñeca* y *Los Aparecidos* son entregados al pueblo. Son dos historias modernas—así, también, las clasifica Ehrhard en su libro *Henrik Ibsen et le théâtre contemporain*—son dos historias sociales sin simbolismos ni cosa que los valga, que todos pueden comprender; son dos alegatos admirables en defensa de la mujer tan rudemente sojuzgada hasta ahora á la tiranía masculina. . . En *La casa de la muñeca* vemos á la muñeca encantadora, á esa bella mitad del género humano, á esos seres que todos llamamos, como Torvaldo, alondra, estornino, locuela, transformarse en mujer, y en mujer consciente de sus deberes y derechos; y en *Los Aparecidos* encontramos á la madre ejercitando esos derechos y deberes.

Nora Helmer, criatura ligera, sencilla, buena y soñadora,—una muñeca en toda la extensión de la palabra,—está casada con Torvaldo, que es un hombre honrado, de bronce, pura prosa y pura austeridad, espejo del pundonor y que abomina del mentiroso y es capaz de mandar á la cárcel al que roba un pan para comer. Este matrimonio vive feliz, tranquilo y amoroso, á pesar de la adversa fortuna que le persigue. Los primeros años de la vida conyugal están condensados en la conversación que sostiene Nora con la señora Linda, una antigua amiga; son años de estrechez, de miseria, de trabajos sin cuento. Torvaldo tiene que trabajar, durante algunos meses, durante veinte horas diarias para poder vivir. Esto le acarrea una enfermedad, y los médicos declaran que le es necesario hacer un viaje á Italia, para restablecerse. ¡Un viaje á Italia! ¡Priora! Un viaje á Italia cuesta mucho dinero,

y los Helmer no lo tienen. ¿Qué hacer? En la cabecita de la muñeca surge de pronto una idea, y no bien la ha concebido ya la está poniendo en práctica. Va en busca de un usurero y le pide prestados mil doscientos escudos. Con dicha suma verifícase el viaje, y algún tiempo después Torvaldo vuelve á su patria sano y fuerte. Puede trabajar otra vez y buscar trabajo. Consigue un empleo en el Banco. La felicidad parece sonreír sobre el modesto hogar de los Helmer. Nora, la muñeca, está contentísima. Y aquí viene lo terrible.

Torvaldo no conoce el verdadero origen del oro que le condujo á Italia. Su esposa, á fin de evitar su enojo y sus caprichos, ha fraguado una piadosa mentira: le ha dicho que esa suma le fué dada por su papá. Pero la verdad es, según se ha dicho, que Nora tomó el dinero á Krogstat, un pillo rematado, sin alma y sin vergüenza; y lo peor es que en este préstamo media una fianza nula dada por la aturdida mujer. Nora Helmer no pretende valerse de este fraude, tan sólo utilizado para lograr el dinero que debía devolverle la salud á su esposo, y la prueba de ello es que va amortiguando la deuda y pagando sus intereses con las rudas economías y más rudos trabajos á que se somete. Si tiene que vestirse, gasta la mitad de su oro en un traje medianejo, y lo demás lo entrega á Krogstat; todo el dinero que logra cosiendo por la noche y gastando su salud, va á parar á las manos del usurero. Pero la deuda no se liquida jamás; siempre aparece terrible á los ojos de Nora, que trata de ocultarla á su marido.

Es en estas condiciones que Torvaldo, nombrado director de un Banco, va á despedir de sus oficinas á un mal empleado. Ese mal empleado no es otro que Krogstat, el cual, para conjurar la tormenta que se le viene encima, se va á ver á la esposa de su jefe y le dice: Me van á quitar un modesto empleo que tengo en el Banco, y Vd. sola es capaz de interceder por mí. Yo se lo pido á Vd., yo se lo suplico, y en caso necesario hasta llegarla á exigirselo. Vd., señora, tiene un grave compromiso conmigo. . . Vd. recordará que, cuando la enfermedad de su esposo, fué á pedirme una suma de dinero que yo le entregué previa una fianza de su padre. Pero esa fianza es falsa; su papá había ya muerto en la época en que se me suscribió el recibo. . . Así, pues, Vd. ha cometido un delito que castigan todos los códigos. . . Su esposo lo sabrá todo. . .

Nora no puede tolerar la idea de que Torvaldo conozca su secreto y descubra su mentira: así es que interviene por Krogstat. Pero todo es inútil; su marido sabe que el tal Krogstat es un pillo que ha escapado por milagro á la pena de la justicia, y él no transige con pillos. Además, Krogstat es «un mal empleado»: esto sólo bastaría para que se le despidiera del Banco. No atiende, pues, á los ruegos de su esposa, y «el mal empleado» es despedido. Entonces llega la catástrofe.

Krogstat envía á Torvaldo una carta en la cual le refiere la historia del dinero que suministró á su mujer. Torvaldo, sin querer considerar el gran sacrificio que Nora ha hecho por él solamente, se enfurece y re-

niega de ella, acusándola de haberlo deshonrado.—Yo te quiero mucho, te dice, pero no al extremo de sacrificarte mi honor; desde hoy ya no serás mi mujer.

En un segundo, todo el encantado castillo de las ilusiones de la muñeca cae por tierra, y la realidad, brutal y torpe, la abofetea en pleno rostro. ¿Cómo? ¿De nada sirve, pues, el amor? ¿No hay ya en el corazón humano agradecimiento para los grandes sacrificios y las nobles acciones? ¿Su Torvaldo era también, contra lo que ella creía, un ignorante burgués, un sér mezquino, sin ideas levantadas? ¿No hay en su alma algo que le encumbre sobre el nivel común de los demás hombres y le haga rechazar esos necios convencionalismos sociales? ¿Su honor de él no es el honor de ella y su cariño es cosa tan falaz y hueca que no sepa valorar las acciones cometidas por su cariño de esposa? ¡Ah! la pobre Nora, la pobrecilla muñeca, siente que su alma se quiebra, que su corazón se llena de hiel, que su pensamiento se aleja del hombre á quien entregara todo su amor y toda su vida. El velo que cubría su ojos ha caído por fin, y la desnudez de la realidad transforma la muñeca en mujer; el dolor la hace grande, la hace fuerte, le da la noción de la conducta que debe seguir en trance tan amargo. Ya no vacila ni reflexiona, y en una escena soberbia, en una escena de las más grandes de que pueda enorgullecerse el Teatro contemporáneo, Nora abandona el techo conyugal y se lanza á lo desconocido.

La voluntad nace súbitamente en este corazón de muñeca convirtiéndola en mujer. ¿Qué hace Nora? Lo que ha hecho Brand, lo que ha hecho Peer Gynt, cada cual en su caso y en su esfera—y aparte la concepción filosófica que entrañan estos seres: Nora busca su personalidad, su «yo», que no ha podido encontrar en la casa de su marido.—No, no he sido dichosa—dice Nora á Helmer;—he sido alegre, he ahí todo. Tu amabilidad me gustó siempre; pero en el fondo, esta casa sólo ha podido servirme de salón de recreo en el cual he sido mujer-muñeca á la manera como fué niña-muñeca en casa de papá. Mis hijos han sido también muñecas mías. Esa dicha y esta personalidad que siente nacer en su corazón bajo la cera de la muñeca es la que va á buscar Nora. «Una mujer tiene el derecho ó no de evitar una pena á su padre agonizante ó de salvar la vida á su esposo?» En el hogar de Torvaldo se le ha contestado negativamente; Nora quiere saber lo que contestará su «yo». Y es ahora recién que empieza á vivir, después de haber sentido nacer en el fondo de su sér su propia personalidad. . .

En *Los Aparecidos*, puesta á un lado la tesis de la herencia psicológica, encontramos igualmente esta idea del Maestro. No voy á narrar el asunto del drama según lo he hecho con *La casa de la muñeca*, pues él es conocidísimo de mis lectores; me concretaré á indicar los pasajes que tengan atinencia con este boceto crítico. Digo, pues, que en *Los Aparecidos*, Ibsen nos da con Elena Alving la misma idea que entraña la creación de Nora. La madre de Oswald, después de los muchos años de sacrificios

recorridos al lado de su esposo disoluto, sacrificios y penurias tan callados y ocultos que el mismísimo Manders no los había sospechado, siente recóndito pesar de aquellos sacrificios y hasta se reprocha amargamente el haber olvidado sus más sagrados derechos. Pero entre Nora y Elena hay, sin embargo, una breve diferencia: la última ha reflexionado ya sobre los arduos y terribles problemas que un día despertaron subitamente en el espíritu de aquella y ha tenido tiempo de comprender que la madre no debe abandonar a sus hijos. Desventurada é infeliz por causa de su marido, la señora Alving, que ya ha dejado de ser una muñeca, ha aprovechado la amarga lección y trata de salvar a su hijo. Su personalidad, su yo, —aquel «yo» que busca la pobrecilla Nora, —le dice cuáles son sus deberes.—«En esta casa he soportado yo muchas cosas,—dice Elena al Pastor, doliéndose de su pasividad.—Para retenerlo (al esposo) aquí por las tardes y por las noches, tuve que ser su compañera de orgía allí arriba, en su cuarto; tuve que sentarme á la mesa con él, tuve que beber en su compañía; tuve que escuchar sus demencias; tuve que luchar cuerpo á cuerpo para llevarlo á la cama.—**EL PASTOR:** ¿Y Vd. pudo sufrir todo eso?—**ELENA:** Me acordaba de mi hijo, y por él lo sufría todo... —**EL PASTOR:** En verdad, ha tenido Vd. una dura experiencia de la vida.—**ELENA:** Jamás hubiese resistido á no tener un deber que cumplir.» Y así, esclava del amor y de su hijo, permanece hasta el postrer instante, cuando Oswaldo, loco como su padre, le pide el sol. ¿Qué debe hacer la madre? Ella le ha ofrecido que si le repite el ataque le dará el veneno. Pero, ¿debe dárselo? La más ruda prueba, el más amargo dolor no lo ha sufrido ella todavía!

Y entretanto Oswaldo está loco, perdido, perdido para siempre.

«OSWALDO:—¡El sol!... ¡El sol!...

«**ELENA:**—(*Levantándose de un salto, desesperada, llevándose las manos á la cabeza y gritando*):—¡No puedo! (*En voz baja y rápida*)! ¡No puedo!... ¡Jamás! (*Subitamente*)! Pero, ¿dónde están? (*Los polvos de morfina*)—(*Registra precipitadamente el bolsillo de Oswaldo*)! ¡Aquí! (*Retrocede algunos pasos y exclama*)! ¡No, no, no!... ¡Sí!... ¡No, no! (*Permanece á algunos pasos de su hijo, con las manos crispadas en el pelo y mirándole fijamente, muda de terror.*)

«OSWALDO (*siempre inmóvil en una butaca*)—¡El sol!... ¡El sol!...

Así termina la obra. ¿Ha cumplido la señora Alving con su deber? Su personalidad, como á Nora, se le escapa en el postrer momento y vuelve á las vacilaciones. Todo su inmenso sacrificio es inútil y el arrepentimiento de haberlo soportado debe morderle más que nunca el corazón. ¿No existe, pues, un solo segundo de felicidad en la tierra?

No puede darse un pesimismo más calmo y terrible á la vez. Cuando revienta un volcán, rugidos desencadenados de ciclopes heridos pueblan la extensión del espacio, y cuando se despedaza un corazón sólo el silencio sucede á la inmensa catastrofe! Por eso los dramas de Ibsen nos dejan tan hondamente impresionados. Sentimos que el do-

lor y la tristeza inundan lentamente nuestro sér, pero de una manera firme y avasalladora. Y al final, la duda terrible atenace nuestro cerebro: ¿no se podrán curar estas lacerias sociales?

Sí, el Maestro, el Redentor, espera la regeneración del mundo. Por eso predica su obra, por eso cuenta sus historias, por eso se dirige al pueblo. Él sueña con una nueva religión que armonice la tranquilidad y el placer de las doctrinas del viejo paganismo con la abnegación y el sacrificio de las doctrinas cristianas. Pero el pueblo de fariseos no oye su voz, no quiere oírle, se niega á escuchar la historia de sus miserias y dolores. Entonces Ibsen se vuelve á los escogidos, á las almas selectas, á los poderosos, y les habla con el lenguaje de los legendarios poetas bíblicos. Su acento tiene resonancias de caverna; su pensamiento vibra como los latigazos de fuego de las negras nubes de tormenta. Ellos, los escogidos de espíritu le oirán y repetirán al pueblo lo que él les diga. Así triunfará su doctrina.

Ha surgido el Ibsen de *Le canard sauvage*, de *Rosmersholm*, de *Un enemigo del pueblo*, de *La Dama del mar*, de *Solness el constructor* y de *Hedda Gabler*, —el gran simbolista, el espíritu metafísico y sociológico por excelencia, el gran revolucionario de las ideas modernas. Entonces ya no encontramos en estas obras seres humanos—fueren todo lo excepcionales que se quiera,—ya no son tampoco ideas que andan y axiomas de moral vivientes; ahora son grandiosos símbolos, semi-vivientes profetas que se agitan entre nieblas. Cada concepción es un mundo que arrastra miriadas de otros mundos más pequeños; una época cíclica abarcada en un personaje; usos, costumbres, derechos é ideas que se agitan locamente para contarnos la quinta esencia que los informa. Y en el gigante torbellino de esa vida subhumana, que diría Spencer, en medio á esos titanes que se llaman Brendel, Gregorio, Solness, el Doctor Stockmann, que arrancan de su ignorancia y mediocridad á las gentes buenas, débiles y amantes del bien, mézclase la activa y severa moral del Maestro como una ruda lección y un tremendo escarmiento. Es un teatro colosal, una vorágine inmensa, un universo en revolución. Los hombres son abstracciones, ideas absolutas que nos doblegan y aturden; las mujeres son más terribles todavía, porque además de tener esas cualidades, son enfermizas, neuróticas, extrañas, misteriosas como signos cabalísticos, de voluntad férrea y caprichos raros y contradictorios. Unos y otros sienten inusitado afán de moverse, de viajar, de remover el mundo; de herir las creencias que no armonicen con las suyas, de romper los más sólidos vínculos sociales ó de convulsionar el mundo. Parecen poseídos, tal es su grandeza; parecen vértigos, tales son sus acciones; parecen tempestades, tales son los acentos de su voluntad y de su carácter. Oyéndoles hablar y viéndoles moverse, nos sentimos más liliputienses que el héroe de Swift al cruzar el país de los Broddingnac.

Pero mejor será que os cite esas grandes nebulosas del pensamiento contemporáneo. No hablaré de *La Dama del Mar* y de *Hed-*

da Gabler, que todos conocen. Prefiero detenerme en esos otros dramas menos conocidos y que tienen, sin embargo, más trascendencia que los dos que acabo de citar. He aquí, pues, el asunto de *Le canard sauvage*, que no ha sido bien comprendido por la crítica y que muy pocos han leído:

Werle y Ekdal son dos socios que parecen el anverso y reverso de una misma medalla: éste es un hombre honrado, bueno y sencillo, mientras que aquél es un pillo en toda la extensión de la palabra. No es de extrañar, siendo esto así, que cuando la quiebra de su casa comercial, Werle salga libre de culpa y pena, y su consocio Ekdal sea condenado por fraudes y trampolinas de que ni aun tenía la más ligera sospecha. Quedan, pues, ambos socios colocados en opuesta situación: el uno, rico, disfrutando del dinero que ha sustraído, bien visto en la sociedad y haciéndose espejo de honradez á los ojos de su hijo primogénito Gregers; el otro, pobre, recogido piadosamente por Hjalmar el fotógrafo, su buen hijo, destrozado por la vergüenza y el dolor que trata de olvidar bebiendo hasta embriagarse.

Werle tiene en su casa una hermosa mujer, Gina, á la que convierte en su querida; pero cansado de ella muy luego y deseando romper unas relaciones que le son ya tan pesadas como comprometedoras, trata de hacerlo del mejor modo posible, sacando de ello alguna utilidad. El consocio de Ekdal no es hombre que pierda ninguna situación que pueda traerle algún provecho, y al mismo tiempo se preocupa de parecer siempre y en cualquier momento un hombre caritativo y generoso. Á los socorros de dinero —del dinero que ha robado á la razón social á que pertenecía y cuya sustracción trajo la condena de su ex-consocio — con que ayuda á Ekdal y á su hijo, al cual le abre una casa de fotografía, agrega ahora un más alto donativo todavía: ofrece al joven Hjalmar la mano de la hermosa Gina, su querida. El joven, que ignora los lazos que unen á esta perversa mujer con el ex-socio de su padre, y que no le disgusta la mujer, queda encantado de la propuesta y más reconocido aún á su protector. El matrimonio se efectúa, y el honrado Werle aparece nuevamente como el ángel salvador de la familia Ekdal.

Pero aquí es que empieza á desarrollarse el verdadero drama. El hijo de Werle es un hombre pundonoroso, recto, incapaz de tolerar una villanía, una especie de Alcestes del Norte, según la feliz expresión de Charles Maurras. Dotado con un espíritu libre é independiente, con ideas morales originalísimas y subyugado sobre todo por un afán que él juzga altamente humanitario, que le lleva á interesarse por todos los males ajenos, remediándolos y corrigiéndolos en todo lo que logran sus fuerzas y facultades, el joven Gregers, que conoce las faltas de su padre y las lleva sobre su conciencia como una imborrable marca de fuego, y que conoce igualmente la condición que en su hogar tenía aquella mujer convertida ahora, por una nueva infamia de Werle, en la esposa de Hjalmar, trata de velar por la ventura de los Ekdal y por satisfacer la deuda de que se juzga deudor. Y ahora verán Vds. cómo realiza sus propósitos.

Gregers juzga que Hialmar, ignorante de la mancha de su esposa y arrastrando consigo esa vergüenza, es el ser más infortunado de la creación. Al revés de lo que dice cierto adagio popular —ojos que no ven, corazón no siente,—Hialmar, según Gregers, es un desventurado cuyo mayor dolor es el mito de su felicidad. Hecha esta idea, no cabe otra solución que revelar al joven fotógrafo la verdad horrible de su posición, y así él, después de la confesión de su esposa y después de perdonarla debidamente, según cumple a un hombre de las prendas morales que á él le distinguen, puede volver á ser feliz, encontrando la paz de un hogar honrado y tranquilo. Gregers —que no es malo, según queda dicho, antes, por lo contrario, se nos presenta en la obra como un carácter recto, humanitario y consolador,— cree que las cosas no pueden pasar de otra manera que como él las ha pensado, precisamente porque ese es su modo de pensar, su norma de conducta, y porque él, en iguales condiciones, no se conduciría de otra manera. Así es que no vacila un punto, y su terrible revelación va, á la inversa de lo que él esperaba obtener, á tronchar para siempre la vida y la felicidad del desventurado Hialmar.

Entretanto, Hialmar y Gina han tenido una hija, la bella Hedwig, un ángel rubio que lleva en sus ojos la limpidez y el color del cielo; muchacha noble, generosa y esclava de su honor, á la manera de Gregers. También es cierto que es su hermana, pues es hija de Gina y Werle. Ella es la eterna afrenta de su padre postizo; la prueba palpable del baldón de la esposa de Hialmar. La pobre niña ha sorprendido su triste historia, conoce el crimen que le dió la vida, ve el dolor inmenso é incurable de aquel hombre honrado que tenía por su padre y cuyo cariño ha endulzado todas las horas de su infancia, siente luego que ella es una perpetua afrenta bajo aquel techo, el estigma infamante que hace derramar llanto amarguísimo á Hialmar, poblando sus noches de vagos espectros y negras visiones, y en su alma pura y generosa, en su corazón noble y recto, nace la voluntad de reivindicar para sí sola toda la falta cometida y de castigar, al mismo tiempo, á los culpables, recompensando al inocente. Pero, ¿cómo lograrlo? ¿e qué medios valerse?

Súbitamente una idea infantil como su corazón atraviesa su cerebro. El viejo Ekdal tiene en su habitación un pato silvestre que antaño le regaló su ex-socio el miserable Werle: este animalito es el encanto de la joven Hedwig. Ella se ha encariñado con él, y la sola idea de perderle le rompería el corazón. Pues bien; Hedwig no encuentra otro medio para lavar la falta de que á sí misma se acusa, que matar al pobre pato. Así quitará de enmedio aquel presente venido de un infame y se confesará del pecado de ser ella el eterno baldón de aquel mísero hogar. Y ya no reflexiona más: coge un arma y va á hacer fuego sobre el pato silvestre. Pero en el momento supremo de cumplir su obra, otra idea ha cruzado por su cerebro. No, no; la muerte del animalillo no basta á justificar el crimen cometido; la imagen del crimen de Werle y Gina es ella misma, y ella estará

siempre allí, bajo aquel techo, para ser la afrenta del pobre Hialmar. Un segundo ha bastado para trocar una idea infantil en una idea trágica, y Hedwig, la hermosa joven de rubios cabellos y de ojos azules como el cielo, volviendo el arma contra sí misma, se da la muerte.

VICTOR PÉREZ PETIT.

IRONÍAS

Se ama tan poco ya, que se ama á dosis,
y es la pasión más santa, una *neurosis*.

**

¿Lloras?... Aunque llorar es cosa seria,
¿no es un síntoma el llanto de la *histeria*?

**

Hoy, las dolencias del amor más puro
se curan fácilmente con bromuro.

**

¿Estás triste?... La ciencia pronto ingenia
la explicación del mal... es *neurastenia*.

**

El amor, simplemente es un deseo.
¿Lo sabes tú, Julieta? ¿Y tú, Romeo?

**

¡Oh! inocentes amantes de Verona:
el amor no se siente, se razona.

—

Y es, aunque mi alma esta verdad desprecie,
un impulso del *genio de la especie*.

**

Héroes de la leyenda y del idilio,
que perpetuó en sus *Eglogas Virgilio*;

—

Personajes ideales del poema
en cuyos versos la pasión aun quema;

—

¡Víctimas de la prosa! nuestros nombres,
provocan las sonrisas de los hombres.

—

Y en medio de sus frívolos placeres,
apenas los recuerdan las mujeres.

**

¿El llanto de Eros te estremece el seno?...
Pues es mejor la risa de Sileno.

**

Sabe, si el desengaño te acongoja,
que la belleza es flor que se deshoja.

**

¿Por qué suspiras? ¿El pesar te agobia?...
Piensa que eso es impropio de una novia.

**

Cree que tu propia desventura labras,
si abusas del amor y las palabras.

**

Haz, aunque esto lo juzgues imposible,
del corazón un órgano insensible.

—

Si lo sientes latir, y no como antes,
suprime de una vez los excitantes.

—

El método y también las abluciones
ordenan nuevamente sus funciones.

Si es necesario que palpites un poco,
no lo dejes moverse como un loco.

**

Para darle al amor todos sus giros,
Haz artificialmente los suspiros.

—

¿No conoces el arte?—Las miradas
se hacen dulces, de miel, apasionadas:

—

Si quieres expresar un hondo anhelo,
dulcemente dirígelas al cielo;

—

Si has de mostrar de una pasión la llama,
clávalas fijas en el ser que te ama.

—

Shakespeare ya lo enseñó á los comediantes,
y es muy fácil jugar á los amantes.

**

Todas las ansias del amor, secretas,
reducélas á fórmulas concretas.

**

Así serás profundamente amada,
y una estatua de carne sonrosada.

SANTIAGO MACIEL.

IMPROMPTU

Á Luis Berisso.

— La dulce Ofelia pasa; su rubia cabellera,
Como hebras de oro virgen, adorna una guirnalda,
— Errante y melancólica recogo en la pradera
Las flores que constelan el lino de su falda.
— Ya sólo hay negras sombras en su cerebro inerte;
Sudario de su cuerpo será la linfa pura:
¿Qué colores de esa niña que marcha hacia la muerte?
— Las flores compañeras de su triste locura.

— La blonda virgen pasa; la blonda y grácil Elsa,
La flor de las riberas del majestuoso Rbio.
— El lirio inmaculado.—La prometida excelsa
Del blanco caballero, del místico Lehengrin.
— ¡Qué excelsa es la blonda Elsa!—Gentil joven liróforo,
¿Qué quieres de esa virgen de pureza lilia?
— El vino de sus labios en el divino enóforo
Do bebió el caballero del misterioso Graal.

— Lucrecia Borghia! pasa la lúgubre heroína;
Sus armas son el odio y el rápido veneno.
— Como un cisne de nieve su éburneo cuello inolina,
Y hay fuego en sus miradas.—Y sierpes en su seno.
— Dos rosas son sus labios.— Que maten con un beso.
— Dos lirios son sus manos.— Y muero cuanto tocas;
¿Qué quieres de Lucrecia?—Entre sus brazos preso
Morir, bajo los besos de su asesina boca!

CARLOS ORTIZ.

Buenos Aires.

Venganza eriolla

Severo sofrenó el tordillo, y empezó
á bajar con lentitud la pendiente áspera y
árida.

Cuando el caballo hubo salvado las dificultades del terreno, Severo lo guió á un montecillo de frutales pitangas, entrando, por oculto pasaje, en una plazuela donde el césped, alto y esmaltado, de florecillas vistosas, hacía contraste con la pobreza del pedregoso declive. Con la seguridad pasmosa de su abuelo el gaucho, el paisauido dirigió

el corcel á unas enredaderas espinosas, y dejando en ellas algo de la piel entre giros de bombacha, entró en un sendero angosto y sombrío que serpenteaba entre los árboles centenarios del bosque.

El camino seguía siempre angosto y sombrío: ora haciendo inclinar al jinete la torcida rama de gigantesco sauce, ora hiriendo sus robustas piernas los dardos de abundantes ñapindaes.

Severo, habituado á aquellas marchas aun en noches tenebrosas, avanzaba tranquilo, quebrando con el látigo la débil rama de alguna trepadora y silbando, entre uno que otro amago de canto, una *milonga quiebra* ó alguna canción en boga.

Verde esmeralda, que la penumbra del bosque trueca en verdinegro, es el lecho de los añosos árboles que, no satisfechos de cubrir sus raíces con tan rico tapiz, dejan á las variadas enredaderas crecer, abrazar sus troncos y preparar á sus ramas primeras, para engalanarse con las más hermosas de las flores con que pagan aquéllas el derecho de abrazar las plantas al gallardo señor del monte.

La penumbra en lo más hondo de la selva es deliciosa: nunca los rayos de fuego del sol de mediodía se atreven á bajar á lugares tan ocultos y tranquilos, aunque cierto es que se desquitan de esos desdenes besando hasta el cansancio la copa del quebracho que osó levantarse sobre sus compañeros, ó las flexibles y brillantes hojas de la palmera gentil que atrevióse á mirar más alto que su hermano el sarandí ó su camarada el malle. En esa fresca umbría que deleita, entre ramas que no pueden con el peso de las silvestres frutas, se muestran lujuriantes los claveles del aire — la planta incomparable de nuestras selvas, — luciendo, entre globos de verde palido, las brillantes aterciopeladas de sus flores. Y como si tantas riquezas fueran incompletas, en la bóveda de entretrejidas ramas que avarientas guardan esos tesoros, donde cuelgan los boyeros sus nidos y las torcaes esconden los suyos, — las calandrias y zorzales cantan, en trinos suaves ó gorjeos armoniosos. Las bellezas de natura y los encantos del amor.

Cuando Severo llegó al arroyo, le aflojó la cincha al tordillo, le quitó el freno, y, teniéndole del cabestro mientras le palmeaba en el anca, lo empujó á la corriente bullidora.

El caballo adelantó rápido, resoplando de alegría, á deleitarse en el frescor del agua clara. En orden la cincha y enfrenado nuevamente, el paisanito lo montó de un brinco, y entre ruidosas palmadas y gritos de charra se precipitó al arroyo.

Éste, que allá más lejos se arrastraba perezoso y en silencio, deslizábase aquí, aumentando su correr con saltos y rápidas caídas, con furias de río desbordado y bramidos de torrente. Corcel y jinete, de antiguo adiestrados en esos trances, siguieron los bordes bajos de la barranca, y donde el arroyo angostaba, detenido por rocas y troncos de árboles, en un rápido salto de corcel y un grito estentóreo del jinete, ganaron sin dificultad y tropezos la opuesta ansiada ribera.

El sendero seguido anteriormente se re-

producía en este borde: con los mismos árboles, las mismas flores, el mismo ambiente y el mismo concierto de enamoradas aves canoras.

La noche se acercaba. Naturaleza, antes adormecida, despertaba alborozada, entre trinos de aves y murmullos de follaje. Las campanillas y margaritas, lánguidas a momento, erguíanse ufanas á gozar de los últimos halagos del rey que hufa; y preparábase, frescas y perfumadas, á recibir el húmedo y prolongado beso de la noche. Y los rayos de oro, como despedida última, pintaban de grana el verdor del bosque, ó jugueteaban en la seda del teru-tero centinela ó en el tornasol del brillante colibrí.

Al troceteo, tarareando un pericón, tomó Severo el camino de la estancia.

Yaaa... Sargento, yaaa... Palomo! — Á estas voces, dichas con rudo acento, dejaron de ladrar los perros; y saltando á uno y otro lado del tordillo, acompañaron á Severo hasta la enramada espaciosa. Allí se tendieron á continuar su interrumpido descanso.

Libre de recado y freno el corcel, el paisanito lo castigó suavemente con las riendas, y mientras el bruto se detenía á pocos pasos olfateando la querencia, él recogió tranquilamente su estimado apero.

El peonaje dormía. Silbando siempre, acompañado por el chis-chas de sus espuelas de domar, entró á la cocina de la servidumbre. Grande fué su alegría, cuando distinguió en la penumbra de la pieza á uno de sus camaradas en trabajos y diversiones.

—Caramba con el indio, que se ha vuelto peine! — le dijo el compañero; y ofreciéndole un banco de toscó ceibo, le pasó el mate que había concluido de cebar.

Sonrió Severo, haciendo sonar la bombilla repetidas veces. Luego contestó:

—Peine se ha vuelto el indio, pero peine que peina lindo!...

Festejando al juego de palabras, con risa traviesa prosiguió:

—La peinada fué Matilde... ya ves si peina buen vellón!...

Entonces, no pudiendo más, estalló en sonoras carcajadas. Compartió del entusiasmo su amigo, replicándole entre risas:

—Así me gusta un tirano... porque mirá, che, que la china es comadrón!...

Mientras el peón amigo avivaba con un trocito de leña el fuego, Severo sacó cuidadosamente los avíos de fumar. Y mate aquí, bocanada de humo allá, charlaban los paisanitos.

Con la gracia picaresca del hombre de campo; con la sal y pimienta — genuinamente españolas — con que enriquece el paisano sus conversaciones amistosas ó sus reyertas de pulpería, Severo narra el amoroso drama que le servía en esa ocasión de tema.

Enamorar una mujer casada y hacer de ella su querida, era la empresa que el paisanito había jurado llevar á venturoso fin.

Joven y apuesto, con fama, si no de muy valiente, á lo menos de refinado astuto, decididor y atrevido para con las mozas del pago, hablase figurado la posesión de Matilde tarea fácil y pronta. Contrariamente á sus esperanzas, ¡cuantos desengaños y sinsabores! ¡en cuántos enredos vióse mezclado,

tratando de vencer dificultades y preparar la conquista suspirada! Pero lo que más le irritaba y á menudo le ponía fuera de sí, era la mirada tenaz y escrutadora del marido. Cierto, también, que él pagaba esas desconfinzas llamando á su rival «el hombre de mirar fiero.»

Con todo, Matilde fué suya... al primer arranque brusco de sus indómitas pasiones bravías.

La simiente gaúcha — mezcla del bien y del mal, de lo caballeresco con lo rastrero — había germinado lozana en aquel pecho de hombre rústico y sagaz; había dado un fruto que, aun descontando la vida errante y semisalvaje del gaúcho, podía ostentar todavía el sello de legítima herencia criolla...

Bostezando alto, abandonaron la cocina. Esmeradamente arregló Severo sus pilchas, preparando con ellas una bien mullida cama.

Luego acostóse: el brazo izquierdo debajo de la cabeza; una pierna encogida; y así como el inocente dice su oración al acostarse, Severo, admirando la noche de luna, dijo para sus adentros: «Buena noche pa un velorio!»

Y con la imagen de la china — de la linda conquistada — durmióse tranquilo el paisanito de mi cuento.

—Será posible. — preguntaba, que después de tantas vueltas salgamos con que afloja feo? No hay tampoco vueltas que darle: papelitos cantan! Y seguía, pensativo, aceptando y rebatiendo argumentos que á granel brotaban en su mente.

El caso le era extraño por completo. Había seducido á muchas de las más esquivas y codiciadas mozas del lugar; había sufrido desdenes, no de una ni de dos; pero nunca la desdenosa ó la ofendida había vuelto por él, implorando, más bien que pidiendo, una cita de amor á horas tan intempestivas, pero al mismo tiempo tan al caso.

—Á las once... ¡Medía noche! ¿No habría en eso brujería?...

Pero el peoncito galán no se amedrentaba; y haciendo cálculos alegres, seguía, camino del rancho de la china, al galope tendido y desenvuelto del incansable tordillo.

La noche estaba clara y calorosa. Movíase lentamente el ganado con rumbo á las aguadas, ó pacía tranquilo en la falda de la cuchilla fértil. Desgañitábanse los teru-teros al avance del tordillo, para salvar sus nidos ó su cría. De cuando en cuando el balido de un ternero descarriado y el aviso continuo y prolongado de la madre, uníanse al canto monótono del grillo holgazán. Las luciérnagas, ora lentas, ora rápidas, deslizábanse en el ambiente perfumado de trébol, confundiendo sus luces con los fuegos fatuos que se movían en el fondo tenebroso de la zanja.

Todo aquello, visto y revisto, ponía de mal humor á Severo.

—Mire Vd. qué horas... ¿No volverá don Nicanor?... Para mí que trueque y llueva... ¡es tan linda la china! — Entonces continuaba más tranquilo su marcha, refutando con ventajas todo argumento formado sobre base de indecisión ó cobardía: la visión de dos cuerpos unidos en amoroso

abrazo, ahuyentaba la imagen del marido ultrajado, del hombre de mirar fiero . . .

—Hay luz en el rancho: me espera,— se dijo gozoso.

El perro le conoció, y dejó de ladrar. El paisanito maneó el tordillo, dejándolo sin embargo ensilado.

Maquinalmente se acomodó el sombrero sobre la oreja, tanteó el mango del cuchillo, y sibando un cielito se acercó a la puerta del rancho. Matilde le aguardaba.

Vestida de blanco, realzaba su figura el semi-oscuro de la pieza. Al verla de este modo, tranquila y gallarda, Severo se enardecía, y temblándole de sed de amor el labio, se aproximó á ella con paso veloz y ademán de abrazarla.

La china sonrió; y atrayéndole con voz melosa y repleta de voluptuosos presagios, le dijo:

—Entrá, viejo. . . entrá!

El peoncito adelantó, y pisaba ya el umbral del suspirado nido, cuando un salto de tigre y el destello de un puñal le dejaron mado de estupor.

Con la velocidad del rayo, al sentirse herido en el rostro, abalanzóse sobre su contrario: y ambos luchadores rodaron por el suelo. . .

—¡ Ah maula. . . sotreta! —Vocablos de rabia, interjecciones entrecortadas mezclábanse á la risa nerviosa y continua de la hembra vengativa.

Y seguían abrazados: el uno buscando propicia ocasión para hundir el cuchillo hasta el mango; el otro esquivando los golpes de un enemigo á quien la vergüenza del deshonor enloquecía y cuyos esfuerzos triplicaba.

—Largastes, maula! . . . gritó Severo; y con el cuchi lo en la diestra, los ojos fosforescentes, el cabello descompuesto, se abalanzó al tordillo, y montándolo de un salto una vez desmaneado, se golpeó la boca, voceando roncamente:

—Pa ser de novillo. . . no son grandes que digamos! — Luego, á escape y perseguido del mastín, se perdió en las escabrosidades del terreno.

Á poco se detuvo; se convenció de lo leve de la herida; y extendiendo el brazo hacia el rancho, mudo testigo de la reyerta, dijo con voz reposada y ademán sentencioso:

—Algún día ha de ser verano y ha de cantar la chicharra! . . .

Y el maitrecho don Juan de las cuchillas, tarareando la canción favorita, tomó al trotecito el camino de la estancia.

JOSÉ L. GOMENSORO.

FLOR DEL MONTE

Yo soy la dulce trigüeña,
la de los ardientes ojos,
la que nacida entre abrojos
quiere soñar y no sueña.
La que en el llano y la breña
posa atrevida su planta;
la palomita que canta
cuando ninguno la mira;

la que so queja y suspira
desde que el sol se levanta.

Yo soy la que el payador
canta en endecha sonora;
la que al rayo de la aurora
robó su luz y color.
La que en la lid del dolor
le gana á todos la palma;
la que no encuentra su calma
desde que sueña en amores;
la que en la sien lleva flores,
y espinas dentro del alma.

Yo soy la de alma de fuego
que para amar ha nacido;
la que jamás ha tenido
horas de paz y sosiego.
La flor que muere sin riego
porque el dueño la abandona;
la que su nivea corona
muestra siempre imaculada;
la que se va desdénada
y en vez de matar perdona.

Yo soy la agreste violeta
crocida entre los breñales;
la que de amores ideales
guarda su pena secreta.
Yo soy la gacela inquieta
que persigue el cazador;
la que al sentir el dolor
de la bala que la hiere,
inclina la frente y muere
bendiciendo al matador.

OROSMÁN MORATORIO.

Los apasionados versos que siguen no han sido entregados á la REVISTA por su autor. Depositados en manos de un amigo del poeta, la publicación de ellos es hija de una infidencia amistosa.

A

Dame, dame los besos que saltan,
Si tus labios con labios se rozan,
Como saltan de un cáliz besado
Por los rayos del sol, mariposas.

Ya las flores no ven su sonrisa
Del rocío en las fúlgidas gotas,
Que, como haces de brillos astrales,
Lo ha prendido al verjel una aurora.

Ya es de noche. Su esquiso de plata
Con velamen de luces corona
Esa luna que splende en lo alto,
Como diosa en un caos de sombra.

Ya la noche en su falda de luto
El lucero y la estrella amontona,
Y es un nido de luz cada estrella
En los claros que dejan las hojas!

Y al temblar en la altura, los astros
Representan la espléndida copia
De brillantes pedazos de día
Palpitando entre garras de sombra!

Es la hora en que invita tu cuerpo
Á que el brazo se enrosque, cual boa,
Al redor de tus formas creadas
Como para una noche de boda!

Ya mi boca sus labios agita,
Como un pájaro de alas muy rojas
Que desea plegarlas en medio
Del caliente nidal de tu boca!

¿Me demandas que diga unos versos
Que destilen pasión voluptuosa?
Es en vano: si estoy en tus brazos,
Se convierte en un beso la estrofa!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

MOSAICO POMPEYANO

EL FESTÍN DE CLOVIUS

Á Leopoldo Díaz.

Ya habían puesto en el atrio las ramas frescas del desposado, y el esclavo nubio, cruzado el pecho por la cinta escarlata, paseaba monótonamente desde el apodyptaro hasta el pórtico de entrada.

Dentro se oían carcajadas jóvenes, risas de labios gentiles y besos de bocas húmedas. El vino de Lesbos, el de Chipre, el Lácryma llenaban las ánforas que representaban mujeres desnudas en posiciones voluptuosas, y mientras un rapsodista cantaba salmos al amor, los comensales se hacían coronar de mirtos ó dejaban caer las cabezas rizosas en los almohadones del triclinario.

Clovius, hijo de Tito, antiguo pretor y patricio adinerado, á zó su copa, cuyo pie de pedrería cambiaba de tonos á los golpes de luz, y habló:

— Por Hércules y por Venus, camaradas, os celebro la atención. Una luna tan sólo falta para que Cleo palpite de amor ante mis encantos. Los perfumes de su cuerpo los aspiraré sensualmente, y el sacrificio ante los dioses lo haré pidiendo virilidad y gracia. Ha finalizado nuestro banquet; comenzaremos los juegos de voluptuosidad, para que el licor que arde en vuestras sienes nos haga crear los refinados caprichos aun no concebidos, y ensayaremos los besos aun no dados!

Á un vals lento, cuatro mujeres de ojos romanos, cubiertas por una gasa blanca tras la cual se veía la carne dura, comenzaron un baile de desmayos y contorsiones, rozando sus cinturas temblorosas con los invitados de Clovius, y tras ellas, en el paroxismo de la bacanal, surgieron dos niñas hechas mujeres la pasada luna, en sus virginidades palpitantes, los senos como de leche y rosa, las piernas ágiles, y dulcificando las miradas, humedeciendo los labios, danzaron vertiginosamente haciendo brincar su pecho de jovencitas, oscilando con movimientos de sierpes sus cinturas estrechas, y moviendo las cabezas, en tanto cubrían de besos á los nobles amigos del joven prometido.

Y así en un letargo final fueron muriendo las notas de las arpas, debilitándose las dos muchachas hasta que rodaron sobre los triclinios, confundiendo con los cuerpos ebrios de los hombres, estrechando las cabezas coronadas de mirtos, besando las bocas contraídas, y pasando las manos finas

como hojas de trébol por las mejillas congestionadas de los sibiriatas.

Hasta que el viejo Eudón se puso en pie y con voz cavernosa habló:

—Desgraciados hijos de Venus y de Baco, calumniáis el culto; acordaos de que la carne es hermana de la carne, de que el hijo es carne del padre, de que la teosofía, la vieja ciencia nos enseña cómo debe ser respetada la divinidad del alma; y por el Dios Píter os conjuro á que sacudáis el marasmo del licor, empújéis esas criaturas infernalmente arrobadoras, y leamos, como voluptuosidad nueva, las páginas cabalísticas de los oráculos, los divinos presentimientos de los astros. . .

Todos rieron locamente, y el gallardo Antonio, de familia de emperadores, le gritó:

—Duerme! viejo borracho, que mientras el oráculo no nos llame, beberemos el vino rojo, oleremos la rosa roja y desfloraremos los labios rojos; ronca tu sueño y calla tu saber!

Anocheía. El esclavo atriario desabrochó las fíbuls de su peplo oscuro, y sentándose en el cofre donde se guardaban las alhajas, veló el sueño de sus amos. En tanto, un decurión robusto rondaba la calle, dando con el pomo de su lanza fuertes golpes en las baldosas! . . .

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

New York.

DE LÓPEZ PENHA

El conocido autor de *Cromos*, Abraham López-Penha, que más de una vez ha colaborado en las páginas de la REVISTA, nos envía desde Colombia, su patria, el siguiente fragmento de un original poema que, con el título PERISTIKIÓN, muy pronto dará á la publicidad.

En esta íntima dirigida á uno de los redactores de esta publicación, López-Penha explica la índole singular de su nueva obra, en el párrafo que en seguida reproducimos:

«Como el subtítulo reza casi se puede decir, y sin casi, que eso no es verso: acaso le ande cerca. . . Es ésta, mala muestra de un poemita que tengo ideado, ó mejor, principiado (al hablar de muestra me refiero á la forma, no al fondo), donde al igual de Shakespeare (¡nirre Vd. qué insolencia!) y al par de Witmann, rompo con toda cadencia, rima, y aun metro: en una palabra: con todo lo que en cierto sentido puede denominarse convencionalismos de arte, tal como los entienden las escuelas.»

Debe juzgarse el fragmento que publicamos teniendo en cuenta ese propósito deliberado del autor, de alzarse esta vez en rebeldía contra las leyes de la métrica, y recordando que quien se aventura en esta osada tentativa ha demostrado suficientemente en otras ocasiones, ser dueño de todos los secretos y delicadezas del ritmo.

ENTRE LAS ALMAS TODAS

(PERISTIKIÓN)

Voy entre las Almas todas, voy en busca de una sola,—de una sola, ardiente y pura, triste, dulce y solitaria;—es toda mi ambición secreta y es mi esperanza última.—Es el penseroso ensueño de las noches ideales,—es el grito de eterno amor, es la eterna voz lejana—que me llama á todas horas, de lo ignoto, en lo in-

visible.—Pertenece á lo intangible, pertenece á lo que atrae—con la imponderable fuerza ineludible del Destino.

¡Alma mía, aguardame, aguarda, oh tú, mi Prometida!—Voy entre las almas todas, voy en busca de ti—sola. . . —¿Cuál es tu nombre, dime? ¿cuál es tu esencia, cuál tu patria?—¡Ida, Susana, Inés, Virginia!—¡oh, dime! ¿en dónde, en dónde—podré al fin hallarte, que te busco ansioso y no te encuentro?—En vano Primavera, en la riente gloria de sus nupcias,—y en vano el dorado Estío con sus hálitos de horno,— y en vano la voz doliente de las invernales lluvias,—de las invernales lluvias en las noches solitarias,—me hablan de ti, sólo de ti, oh mi prometida novia!—Te vi. . . ¿dónde? ¡no lo sé! . . . Fué muy lejos de aquí, muy lejos,—más allá de los torrentes, las montañas y los mares,—¡oh suave flor purísima, oh la imaculada flor!—Y te he deseado siempre, no sé cómo, inmensamente,—suavemente, hondamente, antes, ahora,—eternamente,—y he besado tus negras crenchas, tus crenchas adorables,—y he besado aun la inviolada pulpa de tus labios—que maduró el Amor; y he besado tus cándidos brazos,—para la Pasión tan sabios, tan ingenuos y leales;—y he besado tus pechos, tus dulces, virginales pechos,—tus hombros niveos, tu mano generosa, noble y casta,—¡oh tú, mi ardiente desposada, mi prometida novia!—¡Alma mía, en la dulce hora del Amor, no me desdén!—¡En la santa hora del Amor, Alma mía, no me olvides!—Voy entre las Almas todas, voy en busca de ti sola,—de ti sola, ¡oh mi Amada triste, dulce y solitaria!

ABRAHAM LÓPEZ-PENHA.

Colombia.

UN POETA CHILENO

La siguiente composición es obra de un joven aventajado poeta chileno, que la ha enviado á la Redacción de la REVISTA NACIONAL juntamente con una afectuosa carta, en la que expresa sus sentimientos de adhesión y simpatía por la idea de confraternidad literaria americana en que se inspira esta publicación.

LA CARAVANA EGIPCIA

Á don Eduardo de la Barra.

Hunde el camello la cansada planta en la cálida arena del desierto; y el grácil polvo en nubes se levanta en aquel mundo solitario y muerto.

Ya no se ve el alcázar del gedive, ni aun las soberbias, tétricas pirámides; aquella tierra estéril no recibe en su seno el aliento de las Flámides. . .

Y avanza la diezmada caravana con desmayadas fuerzas, adelante, cuando allá se alza una visión lejana entre las rachas del simún errante.

Estremécese el tétrico viajero: la frente inclina con terror profundo. . . y de repente un grito lastimero turba el silencio del callado mundo.

Es que avanza el simún vertiginoso ahogando con la cólera de Osiris la caravana en el abismo umbroso, cuando á lo lejos se levanta el Iris.

Y allá duermo la triste caravana prisionera entre líbicas arenas que alzaron un castillo una mañana, donde el simún se agita en las almenas.

HERIBERTO LÓPEZ.

Chilo.

¡DEGRADADO!

Quedó sin empleo, sin casa donde habitar, sin mesa en que comer; sin recuerdos, sin amigos, ni aun los que antaño habían compartido su dinero, sus derroches, sus faustos. Ahora, sin más familia que una pobre tía viuda, tan pobre que vivía de lo que le daba la costura, acudió á ella en demanda de un rincón bajo su techo, un pedazo de pan en su mesa, ínterin encontrase cualquier otra ocupación; amanuense de escribanía ó de estudio de abogado, auxiliar de escritorio ó de casa de comercio. La buena tía le cedió una pieza en su hogar, y en cuanto á la comida se arreglarían como pudiesen; compartiría con él su pobrísimo alimento. No podía ofrecerle más.

Severo (este es el nombre del protagonista de mi cuento), ex-empleado de un banco que había quebrado, dejándolo en tal situación, había sido un joven, ni feo, ni buen mozo, ni inteligente, ni ignorante, que había tenido amigos que lo acompañasen, queridas que lo halagaran y engañasen; un tipo de salón, con un excelente tren de lujo; y, que al quedar cesante, no figuró ya en sociedad, no tuvo amigos á su alrededor, ni mujeres á su lado, ni coches y caballos para pasear, ni dinero para derrochar.

Así de golpe, no pudo acostumbrarse á la humilde vida de la casa de su tía, un tugurio miserable, bajo de techo y con goteras, que contrastaba con el confort de su aposento de antes; á digerir los pobres alimentos de aquella mesa y seguir la conversación vulgar de aquella pobre mujer, vestida humildemente y con pañuelo de algodón en la cabeza. Por otra parte le dolía en el alma perjudicar á la infeliz que se pasaba los días enteros y parte de las noches co-siendo á la máquina, ganando apenas para vivir miserablemente ella sola. Almorzaba y comía al fiado, en los hoteles que le eran conocidos, y sólo por la noche, á la hora de acostarse, volvía á su pobre cuarto desamueblado, en el cual entraba presto, como corrido, tumbándose en su tosco lecho, á soñar, á soñar con su pasado de granjeza, con agradables visiones que se borraban por la mañana al abrir sus ojos á la luz dudosa que entraba por las rendijas de la ventanilla sin vidrios. Para continuar visitando bien, usó y aun abusó de su crédito en todas partes, surtiéndose de trajes, de calzado, de sombreros, y mantuvo por algún tiempo el servicio de peluquería y el gasto de café y confitería, todo con la na-

tural promesa de pagarlo apenas lograra un empleo. Y el tiempo corría sin conseguir un puesto que le proporcionase lo más indispensable para el sustento de la vida. Nada. Todas eran promesas para tal ó cual fecha, que le hacían vivir, primero con grandes esperanzas y luego con profundo desaliento, mientras los días sucedían á los días, los meses á los meses. Así pasaba un año y otro, de puras ilusiones y descorazonamientos, recorriendo todas las casas de su relación inútilmente, siempre condenado á oír las frases de orden: «Vuelva Vd. mañana». «La semana entrante». «A fines de este mes». «A principios del que viene». Y los plazos transcurrían sin que el empleo prometido apareciese nunca; y por fin, cansado de esperas y desengaños, dedicóse á algunos trabajos de comisión que le daban una bicoca, apenas para cigarrillos..., y para reponer la suela de los botines gastada en aquellos correteos por las calles. Sin amigos, sin diversiones, las horas que le sobraban después de su ocupación las dedicaba á estudiar, leer y escribir; casi se había resignado á la sencillez de esta vida; se avergonzaba cuando casualmente se encontraba frente de los que habían sido sus amigos en las buenas épocas; evitaba pasar por los sitios en que acostumbraba reunirse con ellos.

Ya su crédito había sucumbido; sus ropas desmejoraban rápidamente á pesar de todos sus cuidados y tratamientos, y el aspecto de su persona era el de un *cursi*, ó algo peor todavía, confesión que se hacía á sí mismo, al mirarse en el espejo de algún café, desde las rodilleras del pantalón á la copa del sombrero sin forma; ó al cepillar el raído trajecillo, con los botones pelados, cambiados de color, y de corte pasado de moda; ó haciendo el nudo de la corbata, toda desfleada, ó al mirar, con rostro compungido, su calzado con la suela roída y el tacón torcido. Todas estas eran pruebas palpables, evidentes, de su indigencia abrumadora. Y ahora sí, que los acreedores lo apretaban, y perseguían ¡horror! así á la hora de ir á comer á su casa ó en algún fonducho, como en el café, en la redacción de un periódico en el que solía escribir sueltos de gacetilla mediante una mísera retribución ó yendo á escape por la calle; en cualquier sitio en fin. En algunos casos saltaba la nota cómica. Caminando por la calle con paso forzado é infinitas precauciones, dirigiendo visuales á los cuatro vientos, de pronto, se destacaba á pocos pasos de él la silueta del sastre, hombre implacable con los clientes tramposos... ¿Qué hacer?... Resolución instantánea. Giraba sobre los talones y embestía por la escalera del primer zaguán que veía, sucediendo, á veces, que al subir él, bajaba el peluquero ó el zapatero... Imaginamos la tragedia que tenía por escenario la escalera...

Al principio no podía vivir tranquilo; los acreedores eran su eterna pesadilla; no comía ni dormía á gusto, sobresaltado siempre con el temor de ser acosado por aquellos malditos. Sentado á la mesa, le parecía ver dibujada sobre el mantel, en las paredes ó en el techo, la figura de sus terribles enemigos; durmiendo, á veces despertábase dando voces y con el pelo erizado; soñaba

que todos ellos le acometían furibundamente. Después se acostumbró á ellos, los recibía sereno, afable; les jugaba tretas, y alguno muy candoroso volvía á fiarle; pero los otros cansábase de perseguirlo convencidos de la absoluta imposibilidad de cobrar sus cuentas, las cuales concluyeron por prescribir, y el deudor quedó libre de todos sus acreedores.

..

Algunas veces le asaltaba á Severo la nostalgia de su pasado espléndido y feliz. Un detalle cualquiera, un coche, un caballo de raza, el teatro, el escaparate de una *pa-tisserie*, le llevaban á la época en que, después de abrir el apetito con la copa de vermouth, sentábase á comer ante una mesa de hotel, solo ó con amigos. Se le representaban patentes todos los platos del *menú*, su favorito *omelette au rhum* y el postre de *vol-au-vent*; los vinos exquisitos: burdeos, champagne, maderas; el pocillo de café, con el correspondiente cigarro habano y la copa de chartreuse, kerman ó cacao. Y sugestionándose así, veía á un joven elegante, con traje cortado por artística tijera según el último figurín; calzado á la moda; con guantes, bastón, cadena de oro, todo, todo lo indispensable en un joven de tono; lo veía ir al prado en coche, en las tardes de invierno; á las playas en la estación de los baños; á los festivos y los bailes de la alta sociedad, vestido de frac, de guante y corbata blanca; con sus amigos, en todos los sitios de moda: en el *sport*, en el club, en las carreras, en el teatro. Y continuando aquel espejismo, le veía en las noches teatrales, sentado en un sillón de tercera fila á la izquierda, aplaudir con el espíritu embargado por las armonías musicales y las notas melodiosas del canto, en la ópera; admirar las escenas y los tipos de la vida real representados en el drama; reír á carcajadas los chistes de los actores cómicos; deleitarse con la gracia y el lindo palmito de las tiptles y la música alegre y chispeante de las zarzuelas, *flirtar* desde su sillón á los palcos, tender sus *gemelos* por la sala espléndida, en la que por doquiera resaltaban deliciosos perfiles de mujeres. De repente, despertaba de aquel ensueño, se borraban aquellas imágenes, y se encontraba solo, solo en medio de la calle, con su traje raído, sus botines desgastados, su sombrero sin forma, sin un céntimo en el bolsillo, casi sin comer, con la única probabilidad de la comida en casa de su pobre tía. En esos momentos se sentía fuerte, capaz de pegarse un tiro... Después venía poco á poco la reflexión, el amor, el apego á la vida; el instinto de conservación se manifestaba en el hombre... ¿Para qué suicidarse? ¿Qué remediaría con eso? ¿Sería más feliz acaso, es decir, dejaría de ser infeliz y pobre?... ¿Acaso ahora, en aquella clase de vida, no tenía momentos felices, ratos de alegría, de goce, encerrado en su chiribitil leyendo los libros de su viejísima biblioteca, regalo de un amigo leal de su grandeza, comprados en los *bric-a-brac*, después de su caída; todos de buenos autores, lo mejor de la literatura antigua y contemporánea? ¿Acaso no era feliz, sufi-

cientemente feliz, al tenderse en su cama de hierro, ó al sentarse á la humilde mesa de su pobre tía? ¡Bah! Todo era cuestión de costumbre. Durmiendo y comiendo lo necesario para la nutrición, lo demás, comidas suculentas, diversiones del gran mundo, todo era superfluo. ¿Y la amistad? ¿Y el amor? ¿Qué había sido para él la amistad? Nada. No existía; era incompatible con el egoísmo humano. También había sido amado por una mujer, es decir, le había confesado amor. Al presente, el amor sólo era para él una tontería, una ilusión... Lo repetía: el hombre es un animal de costumbre; la costumbre es una segunda naturaleza; él se había acostumbrado á esta otra existencia; luego, podía vivir sin más regalada vida...

..

Severo entró de lleno en una nueva vía: la vida de bohemio. Su trato con los compañeros de redacción, le condujo otra vez á los cafés y *restaurants*. Con el dinero de las comisioncillas y los sueltos de gacetilla renovó en parte sus hábitos de sibarita: el café, el vermouth y las comidas. Dejó de emplearlo en libros, reservándose apenas alguna fruslería para los gastos de barba y cigarrillos. Aquel propósito firme de rehabilitar su posición, de levantarse de su caída; aquella dedicación á los libros y al estudio; su contracción al trabajo; la especie de vergüenza que le ocasionaba su descenso material; su aspecto pobre que le hacía ruborizarse al encontrarse con sus relaciones antiguas y huir de los sitios en que podían verlo sus ex-amigos y conocidos; todos esos propósitos de trabajo, estudio, hábitos sencillos y morales, las preocupaciones á raíz de su cambio de posición, iban evaporándose en él, insensiblemente, con aquella libertad absoluta de su vivir, aquella independencia de su persona y de sus acciones. Acostábase tarde; pasaba las noches en el café, bebiendo y de jugarreta, entre nuevas amistades de empleadillos ó cesantes y gacetilleros de periódicos como él ó genticilla sin oficio ni beneficio, francachelistas y jugadores. Levantábase tarde, almorzaba en casa ó fuera en el *restaurant* ó en alguna fonda, según el estado pecuniario del bolsillo; la tarde se le iba en el café y en la redacción; descuidaba los asuntos á comisión. Por la noche vuelta al café, á beber y á jugar; después venían las francachelas con mujerzuelas y con los amigotes aquellos y las recorridas de las casas de juegos; y, así se deslizaban las horas de sus días y sus noches, sin obligaciones que cumplir, sin fórmulas que llenar; feliz y contento en aquel centro de libertinos y clientes de garito, en el que pronto aprendió juegos de azar. Jugó primero por gusto, por puro pasatiempo; después con interés, con pasión de jugador. Se acostumbró también á beber fuerte: w-hisky, rom y ginebra.

..

Poco tiempo después, Severo hallábase envejecido; el juego y la bebida le dominaban. En aquel medio en que vivió, aquella sociedad escogida de tahures y beo los, mo-

zuelos licenciosos, le hizo perder por completo su afición á las lecturas, alejar de su mente toda idea de reconstruir su posición honorable, y desaparecieron sus hábitos de trabajador, su decoro de joven pobre. En cambio se dedicó con pasión, con ahínco, al juego y á beber, y, por añadidura, á holgazancar. No se ocupaba en ningún trabajo; ni aun en escribir en la redacción. De los días hacía noches y éstas las pasaba en claro. Sus libros, aquellos libros buscados por él mismo con tanto afán, seleccionados pacientemente, adquiridos á fuerza de muchas privaciones, desaparecieron poco á poco de la antiquísima biblioteca. Casi todos los días salía de su cuarto con un lote de ellos debajo del brazo. Los vendía á vil precio para satisfacer sus necesidades de tatur y alimantar sus vicios: unas copas de rom y apuntar á una baraja ó á un pleno. Tuvo verdadera fiebre de jugador. Sin dinero, vendía libros y más libros; objetos que tuvieran el más ínfimo valor efectivo: la biblioteca, la ropa... Lo pedía á cualquiera, á sus amigazos, á su pobre tía, que á veces, al dárselo, se quedaba sin qué comprar el pan que aquel perulario comía sin el menor escrúpulo de conciencia; inventaba mil medios para conseguirlo, licitos é ilícitos; hasta pensaba en el robo; y después, en posesión del vil metal, corría loco, febricitante, al garito, á exponerlo á los albores de la suerte; ganando á veces, perdiendo casi siempre. Soñaba despierto con la banca de la ruleta; con el «pleno» y «semi-pleno», la «docena», la «columna», el «número»; con las pilas de dinero que salpicaban la mesa; oía el rumor de la bolilla saltando dentro del globo de cristal y el roce sutil de las fichas al deslizarse sobre el tapete y entre los dedos de los jugadores; y cuando salía desbancado de aquellas salas de juego se mordía los puños con rabia, rechinaba los dientes desesperado, y hablaba fuerte: «¡Maldita suerte negra aquella!» «Era como para levantarse la tapa de los sesos de un tiro!» Jura: «¡jamás pondría los pies en aquella casa maldita!» «Propósitos vanos de todo jugador que pierde! Y para resarcirse de las pérdidas, bebía, bebía fuerte, hasta bestializarse, rom, ginebra, ajeno, ¡qué se yo!

De ese modo, poco á poco, su degradación había llegado al colmo.

Al verlo, se advertía en él algo del ebrio sempiterno; ese aspecto peculiar de los grandes bebedores que los hace parecer siempre embriagados. Aun le estoy viendo, con la cara abotagada, la mirada vaga, la nariz luciente y colorada, las mejillas ennegrecidas por la barba sin rasurar; el pelo crecido y desgredado; las ropas mugrientas y llenas de polvo; él, el joven sociable, elegante, fino é ilustrado de otros tiempos, convertido en un ente, en un idiota; él, el buen mozo, siempre enguantado, de sombrero de copa, fumando su gran cigarro habano, que aparecía en el vestíbulo del Club, en el teatro, en todos los sitios de moda... Repugnaba verlo bajo aquel aspecto de mendigo, todo lleno de polvo, los ojos hinchados y enrojecidos, el mirar estúpido; y caminar con paso incierto, vacilante, arrojando de sí su aliento acre, impregnado con el alcohol de las bebidas y las colillas

de cigarro... Trabajo costaba reconocerle en aquel completo estado de embriaguez perpetua, cayéndose por la calle, parándose á veces, recostado á la pared para profirir incoherencias con lengua torpe y voz aguardentosa. Muchas veces iba á parar á la cárcel por cuestiones ó peleas con sus émulos de juego y bebida, ó por sus escándalos de beodo en las calles; otras, se quedaba dormido, al raso, en los bancos de las plazas ó bajo techo, en los rincones de algún cafetín, y rara vez regresaba á su cuartito. En sus borracheras llegaba á faltarle el respeto á la pobre tía, cuando ésta no podía satisfacer sus exigencias, para jugar inicuamente á un naípe en el «baccarat» ó al «rojo» ó «blanco» de la ruleta, el dinero ganado honradamente por la pobre señora á costa de su trabajo y de su salud! Era un degradado...

PEDRO C. MIRANDA.

ALAS.....

Para Francisco Costa.

Hoy hace un hermoso día. No parece que estuviéramos en pleno invierno. En días como éstos se sienten ansias de volar, de irse lejos, muy lejos, allá donde habitan en palacios imposibles esas reinas aladas que llamamos Ilusiones.

¡Qué días, virgen mía! El Sol juega con los hilos impalpables de sus rayos de oro tejiéndolos y destejiéndolos en los espacios, bajo las selvas, entre las floridas ramas de los ojia cantos y los rosales.—Las aves, líras aladas, que dijo el poeta, trinan sus canciones no aprendidas, y, flores policromas, las mariposas pasan revoloteando por los jardines, á orillas de los arroyos, sobre los campos florecidos en una como anticipada primavera.

Las brisas, perfumados suspiros de los bosques, refrescan las frentes que abruman el pensar, disipan tristezas, prodigan caricias voluptuosas, y mecen en sus tallos gentiles—pebeteros de mirra—á las flores...

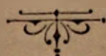
¡Qué días, virgen mía! Todo es luz en las almas y en los cielos; todo es perfumes: las flores y los sueños; todo trinos: las aves y los labios; todo latidos: las ondas y los corazones!

La brisa; qué suave! Qué suave el placer! Qué dulce es la vida en días así!

El cielo azul y muy alto; el horizonte indeciso y lejano. Arriba, en el cerúleo firmamento, entre los astros, el Sol como un Dios; abajo, en la tierra, entre los hombres, PENSAMIENTOS como soles!...

JUAN FRANCISCO PIQUET.

Julio 17 de 1897.



CASO

A Rubén Darío.

Aquella noche fué para León, la primera noche llena de irradiaciones de aurora. El cielo había estado obscuro, la alcoba tenebrosa, pero los ojos de su alma, abiertos como astros y brillantes como ascuas, vieron el más grande y el más importante de los misterios del amor.—Junto á sí, en el lecho, blanca como un capullo de nieve, pálida como un cirio moribundo, y lánguida como un ensueño crepuscular, Libia dormía plácida y dulcemente, arrullada quizás por celestes sueños. León contemplaba aquellos ojos cerrados, y temblaba.—Bajo aquellos ojos veíanse dos ojeras negras y profundas que contrastaban con la alabastrina palidez del rostro; y aquellas ojeras tentadoras, aquellas ojeras, azules como dos partículas de agua marina en la lenta agonía de una tarde primavera, eran el resultado de un crimen... ¿De un crimen? Sí, de un crimen dulce y lleno de misterio, de un crimen de pasión cómica.

De pronto León extendió una de sus manos.—Los dedos ardientes fueron á mezclarse entre la opulenta cabellera de Libia, dorada como un rayo de sol al reflejarse sobre una plancha de acero, y quedó largo rato pensativo. Sus ojos no miraban ahora el cuerpo pálido de su amada.—Habíase internado al fondo de su sér y veían el recuerdo.—Oh! el recuerdo de aquella noche sería eterno en su memoria. ¿Cómo llegó á la ejecución de aquel delirio? Imposible averiguarlo. Aquello había sido un vértigo. Él sintió correr por sus arterias un fuego de volcán y brillar ante sus ojos una hoguera de sensualidad. Sus labios habían sentido el contacto húmedo y ardoroso de otros labios que lo besaban, y se dejó llevar por una fuerza extraña. Hundió la cabeza en el misterioso bosque de las delicias y creyó ver una luz resplandeciente... Y sin embargo se engañaba, porque aquella luz fulgente no estaba fuera, no; estaba en su cerebro, en su cerebro que ardía como debe arder la masa ígnea del sol.—Luego llegó el deliquio embriagador. El éxtasis había paralizado el pensamiento de ambos. Los miembros se habían retorcido como la madera húmeda en las hogueras.

El corazón como un gigante enfurecido había golpeado sus paredes estrechas, y la respiración fatigosa, compungida, en un anhelo supremo de vencidos, estalló con un grande y profundo suspiro. Los labios no dijeron una palabra. Los grandes actos son siempre mudos. El silencio es á veces, mucho más elocuente, mucho más grande que diez mil palabras atropelladas.—Y ella se durmió.—Y él, el héroe victorioso de aquella batalla de amor, sintió como si una masa enorme aplastara su cuerpo sofocado.

Ahora, una nueva aurora había surgido iluminando el mundo.

Por la entreabierta ventana la luz penetraba con su sonrisa virginal sin atreverse á llegar hasta el lecho.

Y el lecho, teatro de un combate, perma-

neca revuelto y lujurioso, esfumándose en las tenues tonalidades de la sombra.

Un reloj dió las diez. — Los ojos de Libia se abrieron perezosamente y fueron á fijarse en los de León. Y ambas miradas, al encontrarse la una con la otra, se dijeron tantas cosas, como jamás se podrían haber dicho los labios. ¡Extraño é incomprendible poder de los ojos! Ellos abarcan y profundizan lo incognoscible y en sus pupilas pequeñas é inquietas hay encerrados misteriosos poemas de amor ó de maldad.

Después ambos se sonrieron picarescamente. Los brazos se entrelazaron fuertemente y los labios palpitantes incubaron un beso sonoro.

Y Libia, trémula como una rosa blanca agitada por el viento en su rosal, deslizo al oído de su amante estas palabras temblorosas.

— Gracias León, gracias. Jamás imaginé tal felicidad.

Y volviendo á dar un nuevo beso, más apasionado quizás que el anterior á su querido, lanzóse rápidamente al medio de la habitación. León la dejó hacer. — Contempló largo rato la escultural figura de Libia arreglándose los cabellos frente á un espejo, y luego en un arranque de entusiasmo tiróse también del lecho y fué á besar uno de aquellos pies pequeños y satinados que parecían hundirse en el rojo *peluche* de la alfombra que tapizaba la habitación.

José PARDO.

1897.

POBLACIÓN (*)

El problema de la población presenta dos facetas interesantes: la faz política y la faz económica. Se comprende la importancia política del problema. En estas sociedades de transición las naciones de población numerosa son las llamadas generalmente á ejercer la supremacía política, porque el número es todavía factor importantísimo del éxito de las operaciones militares. Prueba cercana es la Grecia, que, á pesar de su heroísmo, ha visto hollado su suelo, donde duermen los recuerdos de tantas glorias, por las hordas victoriosas de los hijos del Profeta. Por otra parte, los pueblos numerosos pueden mandar al extranjero gran cantidad de emigrantes, que extienden por estos países nuevos la lengua, las costumbres y el comercio de su patria. Las naciones de población estacionaria pierden paulatinamente toda influencia, languidecen, porque el espíritu de iniciativa decae, y en el transcurso de los años la continua decadencia puede ser un serio peligro para la integridad nacional.

(*) Conferencia leída por su autor en el aula de Economía Política, á cargo del Dr. D. Carlos María de Peña.

En esta conferencia nos ocuparemos exclusivamente de la población considerada desde el punto de vista económico.

Al abordar el estudio del problema nos encontramos con dos opiniones radicalmente opuestas. La primera, que hoy cuenta con pocos partidarios, es la de aquellos que sostienen que por efecto de una tendencia innata en el hombre, la población aumenta de una manera tal que ciertas partes del globo están ya por completo ocupadas; y ven en ese aumento la causa de las guerras, pestes, crímenes y de las demás miserias que afligen á la humanidad. Evitar este peligro es el fin principal que deben tener en cuenta los pueblos, si no quieren sufrir en lo futuro las conmociones de los cataclismos sociales, que sacudiendo violentamente á los pueblos, buscan al través de las hecatombes sangrientas el restablecimiento del equilibrio perturbado.

Sus adversarios aplauden el aumento de la población, por suponerlo un factor importante del progreso social, y, á la inversa de los primeros, temen que los sentimientos que forman parte de la civilización moderna disminuyan la fecundidad de la especie.

II

En el primer orden de ideas nos encontramos en la antigüedad con los grandes filósofos Platón y Aristóteles, que alarmados por las consecuencias funestas del exceso de la población aconsejaron el empleo de medios violentos para evitar la fecundación. Maquiavelo, Montesquieu, Franklin y otros, sostenían ideas semejantes á las que posteriormente expuso Malthus. Y se ha hecho notar que los terroristas franceses del 93, Collot d'Herbois, Carrier, etc., creyeron que la guillotina debía funcionar permanentemente, para reducir de una manera considerable la población de la Francia. En medio de este delirio sangriento, que arrojó la Revolución á los brazos de un soldado de fortuna, se puede descubrir cierta concepción económica relativa al problema de la población.

Pero la gloria de reducir á sistema todas estas ideas incompletas, que vagaban indecisas por los horizontes del pensamiento, corresponde al famoso pastor protestante Tomás Roberto Malthus. En el año 1793 publicó la obra titulada *Ensayo sobre el principio de la población*, en la cual sostuvo la doctrina que lleva su nombre. Combatió en su libro la opinión, aceptada entonces por la generalidad, de que los gobiernos malos eran los responsables de la miseria de la clase laboriosa, sosteniendo que la causa de ese mal se encuentra en el principio de la población.

Expongamos su doctrina. Ésta reposa, dice Leroy-Beaulieu, á la vez sobre un razonamiento por analogía y sobre observaciones estadísticas. El primero tiene por base el hecho de que no existe ningún límite á la facultad reproductora de los animales y vegetales, si no es el que resulta de la lucha por la existencia, «ya del individuo con otros de la misma especie, ya con los de especie distinta, ya con las condiciones físicas de la vida.» Para demostrar la

verdad de esta afirmación de Malthus, transcribo las siguientes palabras de la obra de Darwin sobre el origen de las especies: «Ha calculado Linneo que si una planta anual produjere solamente dos semillas, y cada una de esas semillas produjese dos al año siguiente, y así sucesivamente, habría en veinte años un millón de plantas. Se sabe que el elefante es el animal, entre los conocidos, que tarda más en reproducirse; y mucho nos ha costado calcular su proporción mínima de aumento natural, y aunque lo más seguro será suponer que empieza á dar cría cuando tiene treinta años, y que sigue criando hasta sólo los noventa, dando en todo ese intervalo seis descendientes y sobreviviendo hasta los cien años de edad, todavía después de un período de setecientos cuarenta á setecientos cincuenta años, habría cerca de diecinueve millones de descendientes de la primera pareja que disfrutasen del beneficio de la vida.»

El hombre no está exceptuado de esta ley general, de manera que su número sobre la tierra aumentaría considerablemente si no obraran los obstáculos que estudiaremos más adelante.

Ahora bien, ¿en qué proporción, haciendo abstracción de esos obstáculos, tiene tendencia á aumentar la población de la tierra? Responde Malthus á esta pregunta con observaciones estadísticas sobre los Estados Unidos, que lo llevan á sentar en su obra lo siguiente: «En los Estados del Norte de la América, en los que los medios de subsistencia no faltan, en los que las costumbres son puras, y los matrimonios precoces son más fáciles, se ha encontrado que la población durante más de siglo y medio, había duplicado en menos de veinticinco años.» Y después de decir que toma por base de su razonamiento el aumento menos rápido para evitar las exageraciones, responde de la siguiente manera á aquella pregunta: «Nosotros podemos luego tener por cierto que cuando la población no es detenida por algún obstáculo, ella va doblando cada veinticinco años, y crece de período en período según una progresión geométrica.»

El otro factor del problema son los medios de subsistencia.

¿Aumentan los medios de subsistencia de una manera tan grande, que basten en lo futuro para alimentar la población de la tierra? Á esta pregunta responde Malthus negativamente. El aumento de los medios de subsistencia depende, según él, del mejoramiento de la tierra. Pero sabido es que los progresos de la tierra sólo se obtienen á fuerza de trabajo y de tiempo, y que son cada día menos notables. La ley de restitución enseña que hay que devolver al suelo algo en recompensa de lo que nos ofrece, y también es sabido que debe dejarse algún tiempo en descanso para que sufra la influencia de los elementos que lo rodean. De ahí resulta que en ciertos casos los medios de subsistencia se detienen, mientras la población sigue creciendo.

Fundándose en estas consideraciones responde así á la segunda pregunta: «Nosotros estamos en estado de probar, partiendo del estado actual de la tierra habitada, que los

medios de subsistencia en las circunstancias más favorables á la industria, no pueden jamás aumentar más rápidamente que según una progresión aritmética.»

Los términos «progresión geométrica» para el aumento de población, y «progresión aritmética» para el aumento de subsistencias, constituyen lo que se ha llamado *Ley malthusiana del doblamiento*.

Esta parte de la doctrina se resume en estas palabras de Malthus: «La raza humana crece como los números 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256; mientras que las subsistencias crecen como 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9. Al fin de dos siglos la población será á los medios de subsistencia como 256 es á 9; al fin de 3 siglos como 4096 es á 13, y después de 2000 años la diferencia será inmensa, y casi incalculable.»

Es preciso tener en cuenta que Malthus habla de la *tendencia al acrecimiento*, y no del acrecimiento de la población en proporción geométrica, como le han hecho decir algunos de sus adversarios.

Nos encontramos, pues, en presencia de los dos términos del problema, de una parte la potencia fecundadora del hombre que, obrando siempre vigorosa, arroja continuamente nuevos seres á la superficie del planeta, y de otra parte los medios de subsistencia, que aumentan, sí, pero de una manera más lenta, en una proporción menor de la necesaria para que entre los dos factores, población y subsistencias, se establezca un equilibrio perdurable.

Es necesario, pues, dice Malthus, para evitar las consecuencias desastrosas de ese desequilibrio, para que la población actual encuentre alimento proporcionado, que una ley superior obre incessantemente, contentando dentro de ciertos límites la tendencia al acrecimiento.

Esos frenos que se oponen al acrecimiento de la población, reduciéndola á los límites de las subsistencias, se dividen en dos categorías: el freno preventivo y el freno represivo. El primero obra evitando el acrecimiento, y el segundo, por la destrucción de los seres humanos, hace volver la fuerza desbordante á sus límites naturales.

El freno preventivo es hijo de la facultad que tiene el hombre de prever las consecuencias lejanas de sus actos. Le llama Malthus *moral restraint*, y consiste en la abstinencia del matrimonio unida á la castidad, muy diferente de la simple prudencia, puesto que la primera obliga á vivir castamente y á no casarse cuando no se tiene con qué alimentar una familia, mientras que la segunda no supone la observancia de las leyes del pudor.

Los frenos represivos comprenden entre otros: las ocupaciones malsanas, la mala alimentación, los excesos de todo género, las enfermedades, las epidemias, las guerras; en fin, todas las causas que obran abreviando la duración natural de la vida humana.

Estos diversos factores que limitan la población de la tierra, no han sido contrariados en sus efectos por las medidas tomadas con ese fin en distintos pueblos, de manera que es preciso concluir que ese hecho es una ley de la naturaleza, y que es necesario someterse. Pero, á pesar de todo, le resta todavía á la

razón humana una misión que desempeñar. Se doblegará, sí, reconocerá la fuerza de la ley natural, pero le queda el derecho de elegir entre esos diversos obstáculos el menos perjudicial á los intereses morales y á la integridad física.

Y si los obstáculos pueden reducirse, como dice Malthus, á la fuerza moral, al vicio y á los sufrimientos, es claro que es mucho mejor que la población sea contenida por la fuerza moral, *moral restraint*, que el que lo sea por los estragos mortíferos del vicio, ó por la acción degeneradora de los sufrimientos.

De manera que la práctica de la fuerza moral, único freno legítimo, es el medio que Malthus aconseja á la sociedad para salvarse de los perjuicios inherentes al exceso de población.

JOSÉ SALGADO.

(Continuará.)

MEDICINA LEGAL

(Continuación)

c) TERCERA CUESTIÓN.—*Determinar si la muerte del feto ha sido natural, accidental ó violenta.*—El feto puede morir de un modo natural, por falta de auxilios, ó violentamente.

1.—La muerte natural tiene que verificarse en el momento del parto ó antes. Sucede muchas veces que el organismo del feto se conserva bien hasta el momento de nacer, muriendo en este acto; mientras que otras veces muere varios días antes de nacer. Se distinguen estos dos casos de muerte, en que la putrefacción intrauterina es distinta de la extrauterina; la primera es más lenta, debido á la falta de aire en los pulmones y á que el cuerpo no está bajo el influjo de este elemento.

La muerte accidental acaece por una causa independiente de la voluntad de la madre; p. ej., una caída ú otro hecho análogo.

El infanticidio se divide en infanticidio por omisión é infanticidio por comisión. El primero sucede cuando por descuido, falta de presteza ó cualquier otra causa, muere el feto dentro de los tres primeros días. El segundo tiene lugar cuando realmente la muerte del niño responde á la intención de matarlo.

El infanticidio por omisión se verifica: 1.º Cuando se prescinde voluntariamente de la ligadura del cordón; omisión que, por otra parte, sólo puede aceptarse en las primeras, pues en las demás es siempre culpable. 2.º No haciendo desaparecer los obstáculos á la respiración. Y 3.º No protegiendo al niño contra las influencias exteriores, como son el frío, que aunque no sea muy riguroso, puede determinar la muerte del niño, basando para ello una temperatura de 5 á 6º, estando desuado. El hambre puede también

producir la muerte del niño; y esto acaece cuando se le deja sin mamar.

En el infanticidio por comisión están comprendidos los casos de muerte violenta, los que se pueden dividir en tres grupos: 1.º por asfixia; 2.º por lesiones corporales; y 3.º por envenenamiento.

2.—La *asfixia* es un medio bastante empleado; y se la divide en cuatro clases: por sumersión, por sofocación, por estrangulación y por suspensión. Por *sumersión*, cuando se arroja el feto en un líquido, p. ej., el agua, que es lo más común. Es sospechosa, y generalmente alegan las madres que el niño nació muerto y que para evitar gastos de inhumación ó por ocultar su deshonra, lo arrojó al agua. No es fácil averiguarla.

Por *sofocación*, que es la más común. Tiene lugar cuando se le tapa al feto la boca ó la nariz, cuando se le encierra en una atmósfera irrespirable, cuando se le mete la cabeza en materias pulverulentas. Cuando ha habido sofocación, fácilmente se conoce, porque deja vestigios, como son la superficie de los pulmones, que aparece con manchas pequeñas rojas oscuras, de diversas dimensiones y en número muy variado.

Por *estrangulación* se verifica cuando se le aprieta el cuello al niño con fuerza, bien con la mano, bien con un lazo de cualquier clase. Esta clase de muerte puede ser efectuada con el cordón umbilical, el cual en algunos fetos se puede intencionalmente dar vueltas al cuello; pudiendo también suceder que naturalmente nazca el niño estrangulado por el cordón umbilical. Pero se conoce si la muerte ha sido violenta, porque en este caso es más rápida, deja surcos que rodean completamente al cuello y no presentan signos de haber respirado. Ahora, si la estrangulación ha sido hecha con un lazo, el surco no rodea completamente el cuello, y el feto presenta indicios de haber respirado. Hasta algunas veces se puede saber si la estrangulación ha sido ejecutada por la madre ó por otra persona, pues las señales que dejan las uñas, pulpejos del pulgar y de los demás dedos, cuando es efectuada por la madre, tienen una dirección contraria á cuando es efectuada por otra persona. Si la madre es la autora del hecho, como el niño, al nacer, aparece con la cara hacia atrás, su mano derecha, no siendo zurda, oprime el cuello de modo que el pulgar queda aplicado á la nuca, y los demás dedos al lado izquierdo del cuello, con la palma de la mano por delante.

Por *suspensión* es raro que se efectúen estos infanticidios. Generalmente primero se les ahoga y después se les suspende.

3.—*Lesiones corporales*: heridas, punzadas, golpes. Por heridas es raro. Lo más general es punzarlos, debido á que, según el lugar donde se dan las punzadas, este método deja pocos vestigios. De esta clase era la *acujuntura*, usada antes, y la cual consiste en meter en el cerebro, por cualquiera de los orificios que dan acceso á él, como la boca, nariz, oídos, sienes y nuca, agujas muy delgadas ú otro cuerpo análogo que deterioren y desorganicen los centros nerviosos.

↳ Otro medio que tampoco deja vestigios

exteriores es el de la torsión de la cabeza, ó sea la *dislocación de las vértebras cervicales*, volviendo repentinamente y violentamente la cabeza hacia atrás. Á la cabeza se le puede dar un cuarto de vuelta sin que se disloque. Ahora, si se le da una vuelta mayor, se rompe la apófisis, y con esto se comprime la médula, desorganizándose.

Por *choques* y precipitación desde sitios elevados; son poco comunes.

4. — Los envenenamientos son raros.

c) CUARTA CUESTIÓN. — *Determinar cuánto tiempo ha vivido el feto.* — Para nuestra ley, lo mismo que para la española, la determinación de si el feto ha muerto antes ó después de los tres días, es esencialísima; si ha muerto antes, el delito es infanticidio; si después, homicidio. Para resolver esta cuestión se buscarían ciertos signos, como son los que se hallarían pasados los tres días, pues el feto estará más pálido, el cordón umbilical más marchito. Durante los dos primeros días, el niño tiene la piel rubicunda y se halla cubierta de un unto sebáceo y el ombligo y el cordón umbilical, cuando éste es fresco, no sufren modificaciones características.

HOMICIDIO Y LESIONES CORPORALES

I

a) Disposiciones legislativas.

Código Penal. — Art. 917. El que, con intención de matar, diere muerte á alguna persona, será castigado con penitenciaría de diez á doce años.

Art. 918. La pena establecida en el artículo precedente será aumentada de uno á dos grados, si el delito fuere cometido: En la persona del cónyuge, del descendiente legítimo, del hijo natural legalmente reconocido ó declarado, del hermano ó hermana, de los padres ó hijos adoptivos y de los afines en línea recta.

Art. 919. El homicidio será penado con penitenciaría de veinticuatro á veintiséis años, si fuere cometido:

1.º En la persona del ascendiente legítimo, del padre ó madre natural, cuando la filiación natural haya sido legalmente reconocida ó declarada.

2.º Con premeditación ó alevosía;

3.º Por medio de veneno.

Art. 920. Se aplicará la pena de muerte si el delito fuere cometido:

1.º Por el solo impulso de brutal ferocidad;

2.º Por precio ó promesa remuneratoria;

3.º Por medio de incendio, inundación, sumersión ó otro de los hechos previstos en el título sexto de este libro;

4.º Como medio para ejecutar uno de los delitos previstos en las secciones I y II del título undécimo, (1) en el acto de cometerlo ó inmediatamente después, para transportar la cosa sustraída, procurarse la impunidad, ó por no haber podido realizar el fin propuesto.

Art. 921. La reincidencia en el delito de homicidio será penada con veintiocho á treinta años de penitenciaría, cuando el último homicidio

haya sido cometido con alguna circunstancia atenuante, y con la pena de muerte en caso contrario.

Art. 922. El que con intención de matar, causare la muerte de alguna persona, no por consecuencia directa de su hecho, sino por un concurso de circunstancias preexistentes ignoradas por el culpable, ó por causas supervinientes, será castigado en los casos de los artículos precedentes con las penas en ellos establecidas, disminuidas de un grado.

Si la pena que correspondiere fuere la de muerte, se aplicará la de penitenciaría en su máximo.

Art. 923. El que con intención de causar un daño en el cuerpo ó en la salud, ó una perturbación mental, produjere la muerte de alguna persona, será castigado con la pena del artículo 917, disminuída de dos á tres grados.

Art. 925. El que por imprudencia, impericia de su propio arte ó profesión, ó por inobservancia de los reglamentos, órdenes ó deberes de su propio cargo, causare la muerte de alguna persona, será castigado con prisión de quince á dieciocho meses.

Art. 926. El que sin intención de matar, causare á alguna persona un daño en el cuerpo ó en la salud, será castigado, á instancia de parte, con prisión de seis á nueve meses.

Se procederá de oficio y se aplicará:

1.º De dos á cuatro años de penitenciaría, si el hecho ha producido la debilitación permanente de un sentido ó de un órgano, ó una dificultad permanente de la palabra, ó una deformación permanente del rostro, ó si ha producido peligro de la vida, ó una enfermedad física ó mental de más de veinte días, ó un impedimento del mismo tiempo para atender á sus ocupaciones ordinarias;

2.º De cuatro á seis años de penitenciaría, si el hecho ha producido una enfermedad de la mente ó del cuerpo, cierta ó probablemente incurable, ó la pérdida ó inutilización de un sentido, de un miembro ó de un órgano, ó si el hecho se cometiere contra mujer en cinta, cuyo estado no se conocía, produciendo el aborto.

Art. 927. Cuando el hecho previsto en el artículo precedente recayere en alguna de las personas indicadas en el artículo 918, ó se cometiere con armas apropiadas, la pena será aumentada de un grado.

Si fuere acompañado de alguna de las circunstancias indicadas en los artículos 919 y 920, la pena se aumentará de dos grados.

Art. 928. Cualquiera que ocasionare á otro un daño corporal ó en la salud, ó una perturbación mental cuyas consecuencias excedan á su intención, será castigado con la pena establecida en los artículos precedentes, disminuída de uno á dos grados.

Art. 929. Cualquiera que, por imprudencia ó impericia en su propio arte ó profesión, ó por inobservancia de los reglamentos, órdenes ó deberes de su propio cargo, ocasionare á alguna persona un daño en el cuerpo ó en la salud, ó una perturbación mental, será castigado con prisión de seis á nueve meses en el caso del número 2.º del artículo 926, y con prisión de tres á seis meses, á querrela de parte, en los demás casos.

La pena será aumentada de un grado si fueren varios los ofendidos ó dañados.

Art. 930. El hecho de disparar intencionalmente un arma de fuego contra una persona sin

herirla, será penado con quince á dieciocho meses de prisión, salvo el caso de que constituya un delito mayor. Esta pena se aplicará aun- que se cause herida á que la ley señale pena menor.

El hecho de acometer á una persona con arma cortante ó punzante sin herirla, será penado, cuando no constituya un delito mayor, con prisión de tres á seis meses.

Art. 948. El que retare á duelo, aun cuando el reto no sea aceptado, será castigado con prisión de tres á seis meses.

Art. 949. El que aceptare el duelo, será castigado con multa de cuatrocientos á quinientos pesos.

Art. 950. Incurrirán en la pena del artículo anterior los que públicamente denostaren ó desacreditaren á otro en público ó por la prensa, por no haber provocado un desafío ó por haberlo rehusado.

Art. 951. Si el duelo se efectuare sin que resulte lesión personal, los duelistas serán castigados con prisión de seis á nueve meses.

Art. 952. El que matare en duelo á su adversario ó le causare lesiones de que provenga la muerte, será castigado con dos á cuatro años de penitenciaría.

Art. 953. Si las lesiones causadas fueren de las mencionadas en el número 2.º del artículo 926, el culpable será castigado con quince á dieciocho meses de prisión, y si fueren de las mencionadas en el número 1.º del mismo artículo, con nueve á doce meses de prisión.

Art. 954. Al desafiado en los casos de los tres artículos precedentes se aplicarán las penas respectivamente señaladas, disminuídas de un grado.

Art. 955. Los padrinos de un duelo concertado y no realizado, incurrirán en la pena señalada en el artículo 949.

Los padrinos de un duelo efectuado serán castigados con las penas respectivamente establecidas en los artículos 951, 952 y 953, disminuídas de uno á tres grados.

Art. 956. Las penas establecidas en los artículos 952 y 953 se sustituirán, en los casos allí previstos, por las del homicidio y lesiones corporales (Sección I, Título IX):

1.º Cuando el duelo se hubiere verificado sin la intervención y la asistencia de padrinos;

2.º Cuando las armas empleadas hubieren sido desiguales, ó en la elección de las mismas ó en el acto del desafío mediara engaño ó violación de las condiciones concertadas por los padrinos;

3.º Cuando de las condiciones concertadas ó de la especie del duelo, ó de la distancia de los combatientes, ó de otras circunstancias resultare el propósito de que uno de ellos haya de quedar muerto.

Responderán del engaño ó de la violación de las condiciones concertadas, no solamente los que lo hubieren cometido, sino aquel de los combatientes ó padrinos que los conocía antes ó en el acto del duelo.

Art. 957. La pena de este delito se aumentará de un grado, cuando una persona extraña al hecho que ha ocasionado el duelo se batiera en sustitución de uno de los desafiados, á no ser que mediara entre la una y el otro la relación de parentesco señalada en el inciso 4.º del artículo 18 de este Código.

Art. 958. La pena se disminuirá de un grado cuando conste haberse sometido previamente á

(1) Hurto y robo.

la decisión de un tribunal de honor los hechos tomados como motivo del duelo.

Código de Instrucción Criminal.—Art. 256. Trátándose de objetos depositados, para practicarse el reconocimiento ó inspección, se verificará previamente el hecho de encontrarse las cosas depositadas en el mismo estado que tenían cuando se constituyó el depósito, extendiéndose diligencias firmadas por el Juez y el escribano de la causa, de haberse encontrado intactos los sellos, cuando se trate de habitaciones ó muebles en que antes se hubiese ordenado su aposición.

Art. 257. Á petición de partes deberán decretarse todas las medidas justas y convenientes que por vía de precaución se soliciten para asegurar el éxito del reconocimiento judicial.

Art. 258. Los médicos de policía están obligados á expedir los informes cuando se trate de heridas ó muerte violenta, siendo requeridos por las autoridades competentes; y en su defecto, están igualmente obligados los demás profesores de aquel ramo á expedir las referidas certificaciones bajo pena de multa, que no excederá de cien pesos, á juicio de la autoridad que hubiera ordenado el informe.

Los médicos que no son empleados tienen opción á reclamar del Estado la justa remuneración de sus servicios, no pudiendo ser obligados á trasladarse á una distancia mayor de cinco leguas.

Dichos honorarios serán regulados por el médico de policía, no pudiendo exceder en ningún caso de la suma de cincuenta pesos.

Art. 259. Siempre que sea posible, el reconocimiento se practicará por dos facultativos que expedirán juntos el certificado respectivo, y en caso de discordia, el Juez sumariante nombrará un tercero para que las dirima.

Art. 260. Cuando los peritos lo consideren necesario, deberán pedir se les comuniquen todos los documentos ú objetos pertenecientes á la causa para su mejor instrucción; y aún, que declaren los testigos, sobre los hechos que podrán articular.

Art. 261. Trátándose de heridas, los peritos deberán informar si eran heridas mortales por necesidad, ó si la muerte se ha producido ó podido producir por circunstancias accidentales, expresándose el arma ú objeto con que se hayan causado.

Art. 263. Cuando se trate de envenenamiento, los peritos deberán hacer la autopsia para determinar los efectos que el veneno puede haber producido sobre los distintos órganos y que sirvan á comprobar la causa de la muerte y las sustancias que la hayan producido.

Al mismo tiempo deberá informarse sobre el análisis químico del veneno ó lo que tal se presume.

Art. 264. Trátándose de casos de muerte por heridas, el reconocimiento deberá, además de la descripción y naturaleza de aquéllas, constatar la posición en que se hubiere encontrado el cadáver y la dirección de los rastros de sangre.

b.) *Crítica.*—El homicidio es la segunda de las cuestiones particulares relativas á la persona muerta, é indicaremos de paso que él y la enajenación mental son las dos grandes cuestiones en que se ocupa la Medicina Legal, cuestiones importantísimas en las que esta última puede dar preciosos datos, ya en cuanto á su certeza y precisión, ya en

cuanto á la resolución de verdaderas nebulosidades.

Entrando al estudio de nuestras disposiciones legales sobre el homicidio, se nota que predomina en ellas el mismo criterio que ha informado en las demás que se ha tenido ocasión de examinar: no se define lo que debe entenderse por homicidio, parricidio, asesinato, sino que sencillamente se establece: el que cometiere tal ó cual delito, será castigado con tal pena. Se ha roto el molde antiguo, pero nada más que el molde, pues que lo sustancial es idéntico en la legislación nueva como en la antigua; vale decir, que siempre subsisten las diferencias entre un homicidio simple y un asesinato, entre éste y el parricidio, siendo la innovación de forma solamente.

En general, las leyes apuntadas en este capítulo son buenas. Cabe, sin embargo, reprochar en ellas cierta falta de claridad, no en cuanto á la redacción gramatical de los artículos, sino en cuanto á las divisiones y clasificaciones en ellas encerradas. Así, por ejemplo, tratándose de *heridas* hay poco aplomo en nuestra ley, cosa indisculpable tratándose de un punto importantísimo, fuera de que además las buenas clasificaciones abundan. Los autores españoles, con el Dr. Mata á la cabeza, aceptaban la clasificación de las heridas en *mortales, graves y leves*; subdividiendo las primeras en *mortales directamente e indirectamente*. Las *heridas directamente mortales* son aquellas que ocasionan la muerte por la naturaleza de ellas, por interesar órganos indispensables para la vida, que dejan de funcionar debido á esas heridas, lo que trae como consecuencia la muerte inmediata. Las *mortales indirectamente* son las que aunque en sí no lo sean, la acarrearán, debido, entre otras, á las siguientes causas: *al mal método curativo; á la falta de socorro posible; á la desidia ó incuria del herido y á las condiciones personales del herido*. Por condiciones personales del herido no entendemos aquí los rasgos de identidad, sino las condiciones en que se encuentra. Así, por ejemplo, entra un individuo herido levemente en una sala de presos en que haya atacados de erisipela; se le pega, y muere. Otro caso sería el de una persona que ingresa á un hospital, herido levemente en una oreja, y allí pesca una pulmonía y se muere. Estos casos citados sobre las condiciones personales del herido, tienen que ser tomados en cuenta por el juez, pues nuestra ley, en el artículo 317 del Código Penal, dice así: «El que, *con intención de matar*, diere muerte,» etc. Claro es que si no ha muerto de resultas de las heridas, sino debido á las circunstancias especiales en que se encontraba el herido, no le es aplicable al heridor el artículo mencionado.

Dijimos *socorro posible*, para diferenciar los casos en que por la naturaleza de la herida se trate de un caso perdido, en que todo socorro sea inútil. Así, p. ej., no se podría imputar la muerte al heridor, si su víctima permaneciera sin asistencia en el lugar del suceso dos ó tres días, complicándose su herida con el tétano, etc.; eso sí, siempre que el hecho hubiera tenido lugar en poblado.

Respecto á la disposición que obliga al

médico clínico á dictaminar, es un absurdo, como ya se ha dicho con anterioridad.

El duelo es castigado por nuestra ley, como se ve por los artículos transcritos, siendo los médicos los únicos que, según el silencio de la ley, están exentos de pena.

JOSÉ FERRANDO Y OLAONDO.

(Continuara)

SUETOS

Solicitado el joven y distinguido poeta boliviano señor Rosendo Villalobos, por uno de los redactores de la REVISTA NACIONAL, para colaborar en ella, ha contestado en los siguientes términos:

La Paz, Julio 7 de 1897.

Señor don Víctor Pérez Petit.

Montevideo.

Muy distinguido señor:

Inesperada y grata ha sido para mí la sorpresa de recibir su carta de 5 de junio último; pues los términos tan efusivos de su exquisita benevolencia para las pocas líneas rimadas que mandé á nuestro común amigo don Casimiro Prieto, me han proporcionado la satisfacción de estímulo y el orgullo de pensar que á distancia se puede colmar, con espíritus como el suyo, en la dulce mancomunidad de las ideas y de los sentimientos que inspira el culto del Arte.

Conocido me era su nombre, tan valerosamente lanzado á los debates del pensamiento de nuestros tiempos. Han venido á confirmar mi opinión, antes indecisa, las lecturas que con verdadera avidez he hecho de los artículos en que se revela el discreto sentido crítico y la riqueza de los conocimientos de Vd. Nada quiero decir por las muestras que en aquéllos poseo, de la galana exuberancia de fantasía desplegada por Vd. en cada párrafo de lo que escribe.

Agradézcole, pues, por haberme proporcionado la REVISTA, y ojalá su fineza quiera indicarme el medio de conseguirla en adelante, para satisfacción del vivo deseo de seguirla en sus pasos y para conocer lo mucho bueno, muy bueno, que allí se encierra.

Con la presente me permito enviarle unos versos, que aunque ligeros por su índole, supongo que ha de acogerlos con la amabilidad que de Vd. espero. Por la premura del tiempo no me es posible satisfacer á Vd. al alcance de mis deseos.

Envíole también en paquete certificado, el tomo de ensayos que publiqué en 1890, confiando en que lo aceptará Vd. como una humilde prueba de mi reconocimiento por el favor que me dispensa al solicitar mi co-

laboración en la REVISTA NACIONAL del Uruguay, y como ofrenda humilde de confraternidad literaria.

Saludo á Vd. y me ofrezco desde la fecha su amigo sincero y admirador

ROSEND VILLALOBOS.

Á don Víctor Pérez Petit.

En Montevideo.

Un delicioso día ha sido el de ayer para mí. Fué festivo y, como tal, dando de mano á mis monótonas ocupaciones diarias, lo pasé en grata compañía con mis libros y revistas. Y ayer le tocó á la REVISTA NACIONAL hacerme compañía y á Vd., mi distinguido literato, hacerme gozar con sus magníficas producciones. Es justo, pues, que vayan estas líneas llevándole mis felicitaciones más sinceras por sus notables trabajos.

Generalmente el crítico no es *conteur* ni el proador elegante es buen poeta. Pero en Vd. hállanse reunidas todas estas brillantes cualidades, porque poeta es Vd., y de los buenos, en sus cinceladuras con el título de *Plebeyas* y otras; cuentista delicado y delicioso en sus artículos como *Miedo del miedo*, por ejemplo; y como crítico . . . es Vd. de los mejores que hoy tenemos en América. Y es que en sus juicios y estudios críticos sabe Vd. entremezclar, como pocos, la erudición elegante y bien traída, el concepto vigoroso y puro y la frase siempre artística.

¡Qué hermosos sus estudios sobre los poetas franceses, sobre los Goncourt y, los últimos, sobre Tolstoi, Dario y Jones! Yo los he leído varias veces y créame: no sólo por el placer de su lectura sí también porque con ella he visto que puedo aprender mucho que me era desconocido.

Le envío mi Revista «Letras» y le ruego que quiera Vd. honrarla con su colaboración, lo mismo que con el obsequio de una fotografía suya para tener el gusto de hacerla reproducir en mi periódico.

Por lo demás, mi humilde amistad le pertenece.

Su affmo. admirador

JOSÉ M. BARRETO.

Junio de 1897.

La inauguración de la estatua con que la ciudad argentina de San Juan perpetúa la imagen de un esclarecido prócer de la Independencia americana que en dicha ciudad vió la luz: Fray Justo de Santa María de Oro, da oportunidad á los siguientes conceptos, en que el escritor argentino señor Carranza compendia la biografía de aquel varón ilustre:

«Fray Justo de Santa María de Oro nació en San Juan en 1771; hizo sus estudios en Chile, donde recibió las órdenes sagradas; estuvo en España, y al conocer el movimiento emancipador americano regresó

para incorporarse entre sus más entusiastas y decididos sostenedores.

«Estaba en su pueblo natal, cuando los sucesos pusieron término á la Asamblea Constituyente, y dieron lugar á una convocatoria para reunir los Diputados de los pueblos del virreinato en la ciudad de Tucumán.

«Eran momentos supremos: la revolución, quebrantada por la derrota y minada por las facciones y los caudillos, parecía zozobrar. Nuestros ejércitos se retiraban de los países que habían ido á auxiliar, y el desborde anarquista asomaba siniestro, cuando aun estaba de pie y vencedor de la metrópoli.

«Los pueblos nombraron sus representantes, entre los que se encontraba Fray Justo de Santa María de Oro, y ese grupo de varones esforzados, se reunieron, instalaron el Congreso y con alma intrépida y pulso firme, declararon y firmaron el Acta de la Independencia.

«Como si ese hecho no llenara aún las aspiraciones generosas y elevadas de los heraldos del voto nacional, afrontaron el dar forma de gobierno á los pueblos, y cuando una mayoría encabezada por los diputados del Alto Perú, manifestó simpatías por la adopción de la monarquía como la necesaria y más conforme con la situación y los medios en que actuaban, fué fray Justo de Santa María de Oro el portavoz de la resistencia, expresando en la sesión del 21 de julio de 1816, «que para proceder á declarar la forma de gobierno era preciso consultar previamente á los pueblos, sin ser conveniente otra cosa, por ahora, que dar un reglamento provisional; y que, en caso de procederse sin aquel requisito, adoptar el sistema monárquico constitucional á que veía inclinados los votos de los representantes, se le permitiese retirarse del Congreso, declarando ante quién debe verificar la renuncia de su empleo.

«Esta protesta en forma tan suave, pero sostenida de una manera categórica y enérgica, contuvo á sus colegas, y tras diversas vicisitudes que han costado muchas lágrimas y sangre, surgió la república, como forma definitiva de gobierno para la patria del virtuoso sacerdote que no perdió el rumbo, ni la fe, en los tiempos brumosos de su acción política.

«Obispo de Cuyo en 1830, su Diócesis le recuerda en la tradición y en la historia, por su piedad y los beneficios que la hiciera.

«Su instrucción era vastísima para su tiempo, dice Sarmiento. Había aprendido el francés, el italiano y el inglés; era profundo teólogo, esto es, filósofo, y de sus pláticas frecuentes pude coleccionar que sus ideas iban más adelante, sin traspasar los límites de lo lícito, de aquello que exigía su estado. La cualidad dominante de su espíritu era la tenacidad, tranquila á la par que persistente.

«Murió en 1836, amado de los suyos, y su memoria es bendecida por la posteridad.

«En el 81.º aniversario del día grande en que su corazón se abrió á las emociones más puras y más gratas para el ciudadano, la provincia de su nacimiento va á inaugurar su estatua, que saludarán los ecos del himno nacional y los vivas del patriotismo argentino.»

—Con el título de *Atlántida* aparecerá, en el próximo mes de agosto, en Buenos Aires, una revista mensual cuya dirección estará á cargo del conocido escritor don José Pardo, colaborador asiduo de la REVISTA NACIONAL y ex-director del periódico literario *América* que se publicó en la capital argentina.

Cuenta el señor Pardo con la colaboración de distinguidos escritores americanos.

—El correo del Perú nos trae la triste noticia del fallecimiento del joven poeta Álvaro Llona, hijo del ilustre autor de *Los Caballeros del Apocalipsis*.

—El señor Baldomero García Sagstume, secretario de la Legación argentina en el Perú, acaba de publicar en Lima, con el título de *Hojarasca*, una colección de poesías.

—En la plenitud de los éxtasis se titula un nuevo libro del señor Alfredo Becú, publicado en Buenos Aires. Es una corta colección de versos, inspirados en las escuelas novísimas.

—La hermosa *Biblioteca Eizzeir*, que se publica en Barcelona y que ha dado á la estampa obras notables de autores tan acreditados como Emilia Pardo Bazán, Pérez Nieva, Vital Aza, Federico Urrecha, etc., dará á luz próximamente una colección de cuentos de Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas, nieto del ilustre autor de *Don Álvaro*, que se titulará *Cuadros de la poesía y de la vida real*.

Además, prepara la publicación de nuevas obras de don Juan Valera, Ramos Carrión, Carlos Frontaura, Rafael Altamira, Ricardo Becerro de Bengoa, Narciso Oller, el doctor Thebussem y otros autores distinguidos.

—Alirio Díaz Guerra, el inspirado poeta colombiano residente desde hace tiempo en Nueva York, ha reunido sus composiciones poéticas dispersas en revistas y periódicos, en un hermoso volumen que acaba de ver la luz en la gran ciudad norteamericana.

Santiago Maciel trabaja actualmente en una novela corta, de argumento muy original é interesante, que se publicará dentro de breve tiempo.

—El próximo volumen del *Almanaque Sud-Americano*, la popular y amena publicación dirigida por Casimiro Prieto, ofrecerá novedades de interés. En la parte artística se presentará enriquecido con la colaboración de nuevos y excelentes dibujantes españoles, y en la literaria colaborarán, además de los distinguidos poetas y escritores americanos que lo han hecho en los volúmenes anteriores, otros elementos de valía.

Á estas mejoras del contenido corresponderán importantes innovaciones materiales, que levantarán el almanaque á la altura de las más esmeradas y lujosas publicaciones europeas de su género.

—El conocido escritor chileno don Alberto del Solar, autor de las novelas *Rastignolle* y *Contra la marea*, y de otras obras que le han granjeado en América una sólida reputación, ha dirigido desde Buenos

Aires, á nuestro co-redactor Carlos Martínez Vigil, una atenta carta, de la cual transcribimos complacidos el siguiente párrafo:

« Con grata sorpresa he leído en su elegante REVISTA la conceptuosa carta que dirige V. á mi señor tío don Fidelis P. del Solar. Como chileno, no puedo menos que sentirme profundamente agradecido por los conceptos que merece á V. mi país; como sobrino del señor del Solar, muy complacido de verle en comunicación literaria con él, y como *anti valbuenista*, regocijadísimo de saber que también su REVISTA ha sido manoseada por el *valbuenismo*. ¡Consuélese V., que no anda en tan mala compañía! El círculo del infierno adonde queda condenada su REVISTA está poblada por Menéndez Pelayo, Cañete, Aureliano Fernández Guerra, Echegaray, Silvela, Valera, Cánovas, Núñez de Arce, Balaguer; todos los españoles, en fin, que escriben y piensan, menos Clarín.»

—Nuestro colaborador el estimado escritor argentino Luis Berisso, de quien la REVISTA publicó en uno de sus anteriores números un concienzudo estudio de la personalidad literaria de Manuel Gutiérrez Nájera, tiene en preparación una extensa obra de crítica relativa á diversos escritores y poetas de Hispano-América, que se intitulará *El Pensamiento Americano*.

Entre los trabajos que formarán parte de la obra se encuentran el ya citado estudio sobre Gutiérrez Nájera y los referentes á Miguel Cané, Manuel Acuña, Vicente Fidel López y otros literatos de reputación bien cimentada en la intelectualidad del Continente.

—Pedro Antonio González, el conocido autor de los *Rimios*, que sobresale entre los poetas de la nueva generación americana, publicará brevemente un poema que se titulará *El Proscrito* y que á juzgar por fragmentos de él que hemos leído en publicaciones literarias de América, será una obra digna de la justa nombradía de su autor.

—Próximamente saldrá á luz en la ciudad argentina de Córdoba una antología ordenada por el señor Carlos Romagosa y que llevará el título de *Joyas poéticas americanas*.

—Ricardo Palma, el popular escritor de las *Tradiciones*, acaba de publicar en Buenos Aires por la casa de Peuser, un nuevo libro, en el que se contienen las impresiones de su último viaje á España.

Forma parte de la obra el estudio titulado *Neologismos y americanismos*, aparecido con anterioridad en Lima, en forma de opúsculo, y que oportunamente fué comentado por nuestro co-redactor Carlos Martínez Vigil en varios artículos que, con el título *Sobre lenguaje*, publicó en las columnas de la REVISTA y que dentro de breves días se reeditarán en folleto.

—Muy pronto llegará á Montevideo la nueva obra que con el título de *El Extraño* ha publicado últimamente en Madrid nuestro colaborador el distinguido novelista nacional Carlos Reyes.

Como se sabe, dicha obra forma parte de

la serie que lleva el título genérico de *Academias*, en la que el autor de *Beba* se propone seguir las novísimas tendencias que privan en la literatura narrativa.

Á juzgar por el argumento de *El Extraño* —que nos es conocido— así como por las notorias dotes del autor, la novela es merecedora del aplauso que ya se le ha tributado por la crítica europea.

—Martiniانو Leguizamón, el reputado literato argentino autor de *Recuerdos de mi tierra*, favorecerá en breve á la REVISTA con un nuevo fragmento de su obra en preparación *Montaraz*.

En uno de nuestros anteriores números publicamos, como recordarán nuestros lectores, un capítulo de dicha obra, que fué transcrito en la prensa de esta ciudad con muchos y merecidos elogios.

—Nuestro colaborador el escritor argentino Julio David Orguelt, nos comunica en carta particular que está terminándose la impresión del volumen correspondiente al año próximo del *Almanaque* literario de que es director. Agrega que en él colaborarán distinguidos escritores de América.

—Por la importante casa editora Garnier, aparecerá antes de mucho, en París, una nueva obra del correcto y laborioso escritor Elías Zerolo, autor del *Legajo de varios* y del nuevo diccionario castellano publicado recientemente por la referida casa.

Versará dicha obra sobre los escritores que en América se han dedicado al estudio de nuestra lengua. El señor Zerolo reconoce el cuantioso tributo con que han contribuido los filólogos americanos al estudio y depuración del habla castellana, y es uno de los críticos españoles que más mérito han contraído en cuestiones gramaticales.

—El eminente autor de los *Episodios Nacionales*, que acaba de publicar en Madrid la novela *Misericordia*, prepara actualmente una obra de igual género que llevará por título *El Abuelo*, nueva prueba de la portentosa fecundidad del gran novelador español.

—Pedimos disculpa á los autores nacionales y extranjeros que últimamente han remitido obras á la Redacción de la REVISTA, por no acusar recibo de ellas en el presente número.

En el próximo aparecerán las notas bibliográficas á ellas relativas.

—La REVISTA NACIONAL adhiere con verdadero sentimiento á las manifestaciones de dolor que la prematura muerte de Arturo Ramos Suárez ha arrancado á la prensa de la República.

Colaborador distinguido de esta publicación y miembro desolante de la juventud universitaria, Ramos Suárez era por su inteligencia, su laboriosidad y sus virtudes, una brillante promesa de la nueva generación, que le contaba entre sus representantes más meritorios.

Acrecienta el justo dolor que ha despertado su fallecimiento, el hecho de que se haya sacrificado vida tan preciosa en aras de la guerra civil, que tan cara ha costado siempre en nuestra historia á la juventud inteligente de la patria.

Cuantos conocimos á Arturo Ramos Suárez encontramos en él siempre un corazón generoso, una inteligencia clara y activa, y un carácter templado para las luchas dignificantes del trabajo.

Su memoria perdurará en el espíritu de la juventud que se levanta, y le servirá de ejemplo en que inspirarse.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Hemos recibido por primera vez las siguientes:

La Revista Moderna. Buenos Aires. Publicación quincenal ilustrada, que dirige el conocido literato don José Luis Cantilo. El número 4.º que ha llegado á nuestra mesa de redacción, contiene variado y excelente material y nitidos grabados. Publica en primer término el facsímil de un documento histórico de importancia, que permanece inédito: la circular enviada por la Junta Revolucionaria de 1810 á los Cabildos del Virreinato, comunicándoles su constitución. La *Revista* debe este documento al distinguido historiógrafo don Adolfo P. Carranza.

—Con el título de *Páginas olvidadas* inserta luego la carta dirigida por el doctor Avellaneda, en 1877, á Santiago Estrada, á propósito de las *Poesías* de Jorge Isaacs; carta que despertó interés en su tiempo y que es una notable página de crítica. —Completa el material del número, una traducción de las «Notas sobre Londres», de la señora de Daudet; un estudio sobre las notabilidades médicas argentinas, que firma el doctor Kinth; un hermoso cuento de Martín C. Aldao; la continuación de un bien trazado boceto de costumbres, de José Luis Cantilo, y diversas notas y variedades.

La Provincia. Tucumán (República Argentina). Diario político y noticioso, afiliado al partido nacional argentino. En el número correspondiente al 18 del actual, saluda afectuosamente á nuestro país con motivo del aniversario de la jura de la Constitución oriental.

La Revista. Salta (República Argentina). Publicación semanal de ciencias, literatura, educación, comercio é intereses generales, dirigida por el señor Wenceslao de Gorriti. El número 10, consagrado á conmemorar el glorioso aniversario del 9 de Julio, contiene variado é interesante material.

Cuenta con la colaboración de conocidos escritores, entre ellos Tomás O'Connor d'Arlach y Moisés Numa Castellanos.

El Nacional. Medellín (Colombia). Periódico bi-semanal que dirige el señor Eusebio Cortés. Sostiene la candidatura del general Rafael Reyes á la presidencia de la República.

